

# Axxón 214, enero de 2011

# Misión espacial al asteroide del General

## Fabián C. Casas

**ARGENTINA**

El primer día del año 1998 amaneció gloriosamente despejado. Desde su casa de la calle 17, el subsecretario de Ciencia y Técnica de la Municipalidad de Berazategui, el doctor Juan Otto, se dijo que ese sería, en fin, otro día peronista. Se le ocurrió que el año empezaba bien. Tal vez 1998 sería el año peronista que todos soñaban. Contento como estaba, decidió conectarse a Internet para ver qué se decía en los círculos científicos sobre el clima venidero. Enchufó el módem, abrió el Netscape y se puso a esperar que cargara la página del Yahoo. Entre los resultados de su búsqueda climática, por capricho del buscador, obtuvo un enlace muy interesante hacia el sitio de efemérides astronáuticas que publicaba la revista digital argentina "Axxón", especializada en ciencia ficción. Y allí, en medio de los ocultamientos y conjunciones, bien situado en medio de noviembre, estaba el notición del año: el asteroide 8230, "Perón", completaría en noviembre su mejor aproximación a la Tierra en miles de años. La primera sorpresa para el Intendente fue que el General tuviera un asteroide, la segunda fue que nadie más lo supiera. "¿Vos estás seguro, Juancito?", preguntó. "Lo dice Internet", juró el subsecretario. Los acontecimientos se sucedieron en forma vertiginosa. Una semana después, se convocó una reunión secreta del gabinete municipal y los ediles justicialistas. La mayoría tuvo que suspender sus vacaciones en la costa para regresar ese martes de enero a la ciudad castigada por el calor insoportable del estío. Se reunieron a la noche, en el Salón de Ceremonial del segundo piso. Allí, el querido Intendente se dirigió a sus seguidores. "Compañeros, amigos míos: el asteroide Juan Domingo Perón a fin de año pasará cerca de nuestro planeta. Vamos a mandar a ese planetoide una nave espacial y pondremos en su superficie inmaculada una placa recordatoria en homenaje al líder. Elegimos hacer esto no porque sea fácil o porque nos venga bien, sino por todo lo contrario, porque es un desafío a nuestro genio y voluntad. Antes de que termine este año, pondremos el nombre de

Berazategui, de esta comunidad y de su Intendente en ese asteroide. La lista de quienes quieran acompañarme se grabará en metal y brillará por toda la eternidad, ya que en el espacio no hay óxido.”

Lo que sucedió a continuación de los diez segundos de asombrado silencio fue un ciclón de ideas y movimientos que se tranquilizó recién hacia mediados de julio de ese año. Para ese entonces, la maquinaria del poder oculto pero imparable del municipio de Berazategui, capital nacional del vidrio, ya había logrado asegurar la misión espacial destinada a conmover a todo el movimiento justicialista y al mundo. Todo se hizo a pulmón y con el trabajo desinteresado de decenas de voluntarios quienes, guardando el más absoluto secreto, movieron influencias, pagaron sobornos y hasta amenazaron para lograr el objetivo. El resultado fue que la Universidad Tecnológica Nacional grabó la placa y adaptó el impulsor del cohete que la llevaría al asteroide 8230 en una trayectoria cuidadosamente planeada por un astrónomo orbital paraguayo que le debía unos pesos al cuñado del Intendente. Un ingeniero de la compañía Limpsat había logrado sabotear el software de la misión para desviar el satélite, que lanzarían en octubre, para que adoptara los elementos orbitales necesarios para el lanzamiento de la sonda, utilizando como plataforma el mismo satélite. Incluso un técnico de la NASA, egresado del Politécnico, prometió que haría una reorientación del telescopio orbital para registrar el momento del impacto de la sonda. Los esfuerzos se sumaron de todos lados y, finalmente, se llegó a un plan de misión secretísimo y originalmente prometedor. Algún rumor se filtró, porque el Palacio Municipal fue asaltado furtivamente en dos ocasiones, las cuales quedaron registradas oficialmente como “intento de robo”; aunque todos sospecharon de la impotente mano de la CIA que desesperaba por encontrar datos sobre la misión espacial secreta del municipio. Finalmente se llevó a cabo el lanzamiento, presenciado por las autoridades municipales en la Guyana Francesa, aunque los trece funcionarios, incluyendo a Corina Freites, la secretaria privada, tuvieron que disfrazarse de nativos para no levantar sospechas ante las autoridades del centro de lanzamiento, ubicado en medio de la selva ecuatorial. En teoría se estaba poniendo en órbita un satélite de comunicaciones privado, pero no bien se separó del impulsor principal el cohete Ariane, el vehículo experimentó una anormalidad que en tierra se interpretó como un mal posicionamiento sin remedio alguno que llevaba a la nave en una órbita excéntrica. En realidad, la misión espacial berazateguense había comenzado. El aceitado aparato de inteligencia municipal dejó entonces deslizar un falso rumor: Francia había puesto en órbita un arma secreta. El técnico de la NASA que participaba del complot prontamente informó a sus superiores

oficiales que el satélite se dirigía a un asteroide. La reacción fue inmediata y las autoridades norteamericanas aceptaron reorientar el telescopio más potente de la humanidad para seguir el progreso de la difunta nave espacial anónimamente secuestrada. La misión fue todo un éxito e incluso el Intendente llegó a recibir un telefax con la fotografía del asteroide en el momento en que la sonda hace impacto, levantando una casi imperceptible nube de polvo. Se convocó a la prensa para hacer el anuncio al día siguiente, puesto que el mundo, pero en particular cada vecino de Berazategui, merecía conocer la proeza científica y técnica de un municipio que podría parecer al ojo desprevenido una ciudad más del conurbano bonaerense, pero que en realidad era la cuna de una nueva humanidad, noble, cristiana, pero sólidamente científica y sobre todo, justicialista.



Ilustración: Guillermo Vidal

Juan Otto estuvo inicialmente de acuerdo y se mostró entusiasmado, pero al día siguiente era otra persona. Algo durante la noche o la madrugada le había cambiado el ánimo por completo: llegó apresuradamente para detener el anuncio con el argumento de que Limpsat podría hacer juicio por su satélite perdido y el municipio no podría afrontar la indemnización. Nadie le quería hacer caso, pero el subsecretario fue tan persuasivo que,

finalmente, se decidió mantener todo en secreto hasta que en un futuro el supuesto crimen proscribiera. El Intendente se contentó con la foto del impacto de la sonda y la copia hecha sobre carbónico de la placa recordatoria que ahora adornaba la superficie del asteroide del General. Quienes lo han visitado en su despacho juran que las conserva en una vitrina, sobre terciopelo azul. Los envidiosos de la vecina ciudad de Quilmes han lanzado últimamente una falsa cadena de email, diciendo que el asteroide 8230 en realidad se llama Peroná, con tilde en la "á", en honor a un personaje del carnaval veneciano, y que la computadora del Dr. Otto, quien presumía de moderno porque navegaba por Internet, carecía de una placa gráfica adecuada y por eso no mostraba las vocales con tilde, dando lugar al equívoco que llevó a Berazategui al espacio. Nadie le dijo nunca nada al Intendente de esa versión poco probable. Cierto o no, ningún asteroide, que al fin y al cabo así como vienen se van, logrará eclipsar el brillo de los triunfos astronáuticos del pueblo.

Berazategui, a diferencia de otras superpotencias del globo, aún no ha clausurado su incipiente carrera espacial.

Que sirva de ejemplo.

**Fabián César Casas dice haber nacido en 1964 en la zona sur del conurbano bonaerense, pero otros dicen que hay un Jedi oculto detrás de sus actividades radiales, literarias, y que su gusto por el rock progresivo y la ciencia ficción es un hábito reciente, adquirido en la segunda mitad del siglo pasado. Es dueño de un humor que lo identifica, con temas y lugares que se aproximan a la realidad pero que pertenecen a su propio universo inventado y fantástico, en el que muchas veces refleja con ironía la identidad de los argentinos, en especial la de aquellos que vivimos en los alrededores de Buenos Aires. Para más datos sobre este autor, pueden consultar la Enciclopedia.**

**Hemos publicado en Axxón: REFLEJOS, CONTRA EL TAXISTA, EL IDIOMA DE LOS PRÓCERES (que también salió en el *Anuario* de Axxón), EL JEDI SE VA DE COMPRAS, EL EXAMEN MÉDICO, LA VIDA EN LA GALAXIA, UN MISTERIO URBANO EN ROSARIO, ARGENTINA, LA NAVE DE LOS SUEÑOS y LA SEMANA ALEATORIA: CRÓNICA DE UN EXPERIMENTO SOCIAL.**

**Este cuento se vincula temáticamente con LA SEMANA ALEATORIA: CRÓNICA DE UN EXPERIMENTO SOCIAL, de Fabián C. Casas; BURROS MÁS VELOCES QUE LA LUZ, de Javier Goffman; ROBOT, de Leonardo Killian y EL DESTINO NO ES CIEGO, de Sergio Gaut vel Hartman.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Humor : Política : Argentina : Argentino).

# Notas al pie


## C. C. Finlay

**EEUU**




Ilustración: Pedro Belushi

1. *Informe del Comité Mixto de Investigación* (Washington DC, 2027), págs. 2-3.

2. O, posiblemente, el 6 de enero. La destrucción de las pruebas durante el encubrimiento hace imposible la verificación. Véase el *Informe*, págs. 342-64.

3. Correo electrónico de Willem Redmond a Stephanie Werks, 11:07 AM PST, 08 de enero de 2019, Tema: una cosa más. La correspondencia se encuentra en el *Informe*, Anexo 2, Documentos de Apoyo.

4. Werks a Beverly Dohnt (y otras 79 personas), 11:21 AM PST, 08 de enero de 2019, Tema: Fw: una cosa más.

5. Ibíd., 11:45 AM PST, 08 de enero de 2019, Tema: ¡Oops! :)

6. El retraso de dos a tres semanas entre la distribución y el primer brote de los síntomas sigue siendo difícil de explicar. Para una discusión completa, véase Skapt, James, *¿Qué sucedió realmente?* (Londres, 2022).

7. Connor DeSilva, *La Evolución del Desastre* (St. Louis, 2041). El brote más famoso en Overbrook, Kansas, el 30 de enero, se considera ahora como un evento secundario.

8. Estos efectos duplicaban o imitaban a la primera clase de productos nanoneurofarmacéuticos. "Reparación del Cerebro: Un número especial," *Nanociencia*, vol. 28 (2017).

9. Véase una descripción técnica en Madhu Mantri, "Interruptores automáticos hormonales en insectos con enlaces de ciclohexano sustituidos", en *Actas de la 26ª Fundación Internacional de Previsión*, 2018.

10. Un grupo de científicos está en desacuerdo porque este mecanismo no se pudo reproducir. Se explica un paradigma de distribución alternativo en Malvey, Heather, *La Conspiración de los Tontos* (Carbondale, 2039).

11. Malvey, págs. 165-82. Los Centros para el Control de Enfermedades sostuvieron la hipótesis viral durante un año entero.

12. Si este era el caso, el trabajo preliminar ya se había realizado. Russell Sinnot, Han Xi, y col., "Evolución in vivo de enzimas proteicas para blancos catalíticos específicos", *Nanociencia*, vol. 26, 64-74 (2015).

13. Hafiz Tuzun, Wade Langer, H. M. de Heer, “Deformación del hipocampo por procesadores orgánicos cultivados”, *Nature*, 28 de marzo de 2017, págs. 1922-1925.

14. Entre otros síntomas se incluyen falta de asociación configuracional y síndrome del acento extranjero, aunque la mayoría de las pruebas son muy anecdóticas. Ver Sinclair Roberts, “Más allá de la amnesia anterógrada: evaluación del impacto”, *Revista de Investigación Cerebral*, vol. 46, págs. 264-297 (2024).

15. Se establecieron cuarentenas más permeables en Amsterdam, Nueva Delhi, Guandong y otras ciudades.

16. Para un estudio en profundidad de las técnicas de esterilización, véase Morales, Juan y Hadlock, Shirley, *Silicon Valley, Valle de la Muerte* (Burlington, 2031), caps. 3-5.

17. La falta de una jurisdicción clara inmovilizó también a otros gobiernos y subsecuentemente condujo a un extenso cambio en el poder. Evan N. Fier, *La Revolución Inesperada: Gobierno sin Fronteras, 2019-2023* (ieBooks, 2039), págs. 79-121.

18. Redmond lo negó en un primer momento. Trascripción de entrevista, CNN, Informe Especial, cnn.noticias, 02 de febrero de 2019, archivada.

19. Este análisis se basa en el modelo Benn-Reich de toma de decisiones multinacionales. Ver Sumiko Saito, “La Nueva Cultura de Gestión de la Cuenca del Pacífico”, *Revista de Antropología Empresarial*, vol. 3, Nº 2 (2011), págs. 223-35.

20. Ling, Wei, Soboskey, Anya, y col., “Tenemos un pequeño problema: Estudio de un caso de indecisión corporativa”, *Revista de Antropología*

*Empresarial*, vol. 15, Nº 1 (2023), págs. 1-37.

21. Werks, comunicado de prensa, 03 de febrero de 2019, en el *Informe*, Anexo 3. Werks repitió este reclamo hasta su muerte, pero el ex asistente nunca fue encontrado o interrogado.

22. La toma de posesión hostil estaba prácticamente consumada desde el mes anterior. Parece más probable que el lanzamiento estuviera destinado a los competidores de la empresa en Asia y Rusia en su lugar. Véase Morales y Hadlock, págs. 179-81.

23. Redmond, Werks y la sentencia Sundeep (EE.UU. vs. Bélgica), 2029, Corte Internacional de Justicia (1 de julio) (Opinión separada del Juez Wawn).

24. Las cifras iniciales eran altas porque muchos de los desaparecidos fueron dados por muertos. Posteriormente, estas cifras se redujeron.

25. Para estimaciones de la mortalidad a corto y largo plazo respectivamente, véase el *Informe*, págs. 7-16, el Apéndice 4, y Stanley Lamb-Stirling, *"Un Hiroshima neuronal: veinticinco años después"*, worldreport.noticias, 11 de enero de 2044, archivado.

26. Skilliman, Víctor, *Fuga de Cerebros* (Boulder, 2029), págs. 59-83. Hay lagunas significativas tanto en el registro de Ginebra como en la lista de víctimas de la fundación privada sin fines de lucro "Paren la Locura".

27. De su poema, "Diecisiete razones más para olvidar", en *Los artistas responden*, compilado por Ella Hynde, el-sitio-Hynde.artes, 2020, archivado. Este es el verso completo tal como aparece en el monumento del Jardín Tsuibo:

*XIII.*

*Porque también vimos la silla volcada,*
*los papeles dispersos, torcida la pared del cubículo.*
*Porque rápidamente nos hicimos a un lado, con miedo,*
*cuando huyeron, salvajes extraños a sí mismos.*
*Basura flotando en el río, en el borde de la carretera;*
*huesos blancos de espuma de poliestireno en las hojas marrones de otoño.*
*Para algunos, para algunos, ni siquiera eso,*
*un éxtasis sin trompetas, sin salvación.*

Título original: *Footnotes*. Traducido por Eduardo J. Carletti y Silvia Angiola

**C. C. Finlay nació en New York en 1964, pero creció en Marysville, Ohio. Es autor de cuatro novelas y una colección de cuentos. Sus obras han sido finalistas de los premios Hugo, Nebula, Sidewise y Theodore Sturgeon. Sus libros y cuentos fueron traducidos al checo, alemán, griego, hebreo, italiano, portugués, rumano y ruso.**

**"Notas al pie" fue publicado originalmente en la revista *Magazine of Fantasy & Science Fiction* en agosto de 2001. Esta es su primera participación en Axxón.**

**Este cuento se vincula temáticamente con TRES VECES MÁS PEQUEÑO, de Albino Hernández Pentón; NANOBOTS EN EL CÉSPED, de Louis B. Shalako y AJOLOTE, de Santiago Oviedo.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor norteamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Nanotecnología : Epidemia: Estados Unidos : Estadounidense).

# Manzana Roja

## Inti Carrizo-Ortiz

CHILE

*"La Historia es nuestra y la hacen los pueblos."*

Una mañana de septiembre.

5:19 AM. Mis ojos se abren de un golpe, como saliendo de un coma. Sacudo la cabeza. La pantalla enclavada en la sucia pared a los pies de mi cama ya está encendida, como siempre. Mis sentidos se recuperan tristemente rápido de ese dulce y confuso momento cuando no sabes si aún duermes o ya estás despierto; el momento en que no hay realidad ni vacío. Lanzo un suspiro pensando que así debe sentirse nacer. O morir. La voz aguda de la mujer en la pantalla hiere mis oídos. Quizás sea por esa confusión mañanera que inconscientemente busco el control remoto para apagar ese infernal sonido. Me sonrío. "Qué ingenuo", me recrimino recordando lo obvio. No hay control. ¿Para qué iba a necesitarse si sólo existe un canal? No necesitas preocuparte por las opciones cuando no las tienes. Me quedo mirando embobado a la mujer del canal del *Consortium* por unos segundos y siento la necesidad enferma de salir de esa habitación. Tal vez aún algo dormido, algo turulato, corro hacia el baño con la esperanza de dejar esa voz cantada y cínica atrás. Me vuelvo a sonreír. Había olvidado que aquí también hay una pantalla. Y en la cocina. Y en el pasillo. Y en todas partes. No necesitas preocuparte por las opciones cuando no las tienes.

Me cepillo los dientes como cada mañana, no por necesidad sino por costumbre. No he comido nada en días, pero es lo que hay que hacer, ¿no? Levantarse a las 5:19 AM. Escuchar el reporte del *Consortium,* donde la mujer de la voz cantada te mentirá diciendo que todo está bien o todo está mal según convenga. Lavarse los dientes. Mientras enjuago mi boca siento

como si pudiese escuchar a millones de personas haciéndolo al unísono, como un gigantesco y escalofriante coro de seres humanos, una manga de atolondrados actores perfectamente sincronizados e inconscientes de su participación en esta obra. Y cada mañana, a las 5:19 AM. los oigo separar sus párpados con exacta precisión, cada par de ojos en un instante abiertos por la fuerza incorruptible de la costumbre. Y saben que no importa cuánto deseen sus ojos permanecer cerrados, a las 5:19 AM. de cada día, desde que nacieron hasta el fin de sus vidas, sus párpados se unirán a ese grotesco coro, saliendo del vacío de cada noche con un chasquido de músculos y el sutil sonido de las secreciones nocturnas sacudiéndose de sus pestañas.

Y siempre es así.

Me pongo mi gabardina y mi sombrero sin mirar por la ventana. No necesito hacerlo; sé que un viento gélido corre por la calle el día de hoy. Hace muchos años que el sol no toca este lado de la ciudad. Dejo mi sucio departamento y salgo al sucio pasillo del sucio tercer piso de aquel sucio edificio enclavado en este sucio suburbio. Hay cuchicheos. Los vecinos murmuran y se reúnen en los rincones. Me volteo y por fin veo la razón de tanto barullo: cintas policíacas sobre la puerta del 306. El *Consortium* estuvo aquí. Los síntomas son inconfundibles: una gran mancha de sangre sobre la vieja alfombra, y la pared y los casquillos de las balas aún humeantes sobre el piso. Estuvieron aquí, anoche. Me acerco a la puerta. Como es costumbre, hay un comunicado pegado sobre ella; me salto las formalidades y la rimbombancia hasta llegar al texto subrayado:

*(…) Por esta razón, y amparados bajo la obligación adquirida por la* Universal Commonwealth Act, *se ha determinado procesar al sujeto #681.523.424 bajo el cargo de:*

“ACTIVIDAD ONÍRICA NO AUTORIZADA”

Han matado a Braulio. Por sobre mi hombro escucho los comentarios de las vecinas.

—Tan bueno que parecía —dice una.

—Nunca pensé que fuera un drogo… qué vergüenza —sentencia otra. Me hundo de hombros. Braulio nunca tomó nada fuerte, Novril, “*varas*” o nada parecido. Sólo le gustaban los *vuelos*. Lo sé porque yo se los vendía. Las miro a los ojos, balbuciendo, suponiendo en las sombras del pasillo. No hicieron nada. Lo ejecutaron en plena noche a una pared de distancia y nadie hizo nada. Pero guardo silencio. *Yo* no hice nada. Esta noche nadie

abrió los ojos por Braulio. ¿Cómo es posible que la costumbre suene más fuerte que las balas? Antes de darme media vuelta observo la gran leyenda con letras rojas y amenazantes que cierra el escueto comunicado colgado sobre la pared:

“POR LA RAZÓN O LA FUERZA.”

Adiós, viejo amigo. Lo siento.

Salgo a la calle y mi predicción resulta cierta. La *bruma negra* es tan densa hoy que apenas puedo ver a más de una cuadra de distancia, y el sol no es más que una tenue lámpara incandescente que se asoma tan tímida que puedo verla con mis ojos desnudos sin la más mínima molestia. La gente ya ha comenzado a dejar sus hogares. Muchos ya llevan su uniforme de trabajo puesto; otros visten ropas de calle igual de insípidas mientras sus ropas laborales aguardan en sus bolsos de mano. Todos caminan en un tranco constante y silencioso, inadvertidos de la presencia de los centenares de seres que transitan su misma ruta a milímetros de ellos, quizás todos los días a la misma hora. Su andar es interrumpido sólo por la presencia de alguna de las decenas de cientos de miles de pantallas que iluminan con su fulgor cada esquina de la ciudad. Las personas se detienen frente a ellas como polillas atraídas por el fuego. Me mezclo entre ellos. El reporte matutino del *Consortium* aún no termina y ahí, frente a la muchedumbre, la mujer de la voz cantada reporta con gravedad alguna nonada sobre un personaje sin importancia sumido en un igualmente desaborido problema. La gente escucha atenta, como en presencia de una información esencial, como si sus vidas dependieran de saber y asimilar lo que atestiguan por la pantalla en este momento. Vociferan. Vitorean algún nombre. Luego el tono de la mujer se torna aún más serio. Reporta, con fanático entusiasmo, cómo un disturbio producido por *“cholos”* delincuentes y pérfidos fue controlado con rápida eficacia por las fuerzas de seguridad. El atento público vuelve a lanzar vítores y gritos patriotas cuando la mujer, siempre con su tono cantado, les recomienda a todos *“continuar denunciando cualquier actividad migratoria ilegal”*. Usa frases como *“la contienda es desigual”*, cita a añejos y trasnochados héroes y les recuerda a sus espectadores *“la importancia de la Guerra y de lo Nuestro”*. Mientras el reporte vuelve a asuntos más ligeros pero no menos “importantes” (el tórrido romance de algún individuo cuyo nombre no me suena), me alejo. Los observo por un minuto alimentándose de la pantalla, encumbrada en lo alto de la esquina, como un erguido profesor que instruye a su hambrienta clase. ¿Y por qué habría de ser distinto? Después de todo, esa pantalla los ha criado. Ha sido un padre y una madre. Una instructora. Una teta. Así ha sido desde que

existe la *Ley de Deuda*. Así ha sido desde siempre. Visto y pensado con detención, hasta termina resultando lógico. Si naces para hacer un solo trabajo, ¿para qué aprender los demás? ¿Para qué colegios o universidades? ¿De qué sirve la Historia o la Filosofía, para pagar una deuda? Lógico. Práctico. Hoy, después de todo, cada ciudadano nace con una deuda de por vida, adquirida por su padre, o quizás por el padre de éste. Una deuda ineludible. Pagos pactados hace décadas, o tal vez más que eso, un préstamo de esclavitud que generaciones no pudieron saldar con sus vidas completas. Y cuando las deudas crecen no hay tiempo para romanticismos. Ellos lo sabían. Cuando *sus* deudas crecieron, cuando se tornaron invaluables y el poder de los entes colectores creció hasta el borde de lo legal, sólo una solución se vio lógica. Práctica. Alianzas. Fusiones. Acuerdos. La unión. ¿Cómo detener a quienes finalmente son tus dueños? ¿Cómo frenar a quienes, en su suma, controlaban todo? Cuando las empresas firmaron el *Acuerdo de Consortium para la Unión Económica* nadie pudo decir nada. Senadores, políticos, Estado, jueces, todos les debían algo. Callaron. Ellos eran *todo*: un solo ente con el que cada ciudadano de este país tenía un crédito impago. Desde medicamentos hasta armas. Alimentos y ropa. Minerales y entretenimiento. Todo venía de ellos. Todo lo que la *Universal Commonwealth Act* permitiera producir y manufacturar, estaba bajo su control. No pasó mucho hasta que el mismo Estado tuvo un precio. No pasó mucho hasta que la *Ley de Deuda*, aquella absoluta locura, aquel descabellado decreto, fuera pedido a gritos por un pueblo sumiso, corroído por antidepresivos y enfermedades, ahogado por su propia mano. Cada hombre y mujer de este país nacería entonces con un contrato ineludible, imperecedero e inapelable (*"asegurado y constante"* fueron los términos usados) con el *Consortium* y así realizaría para él una tarea asignada al azar, "*recibiendo la preparación específica para ello y asegurando así la satisfacción de sus necesidades esenciales, sirviendo al mismo tiempo a su País"*. Y el Pueblo aplaudió. Y el Pueblo dijo *"No necesitas preocuparte por las opciones cuando no las tienes"*. Para asegurar su lealtad, el *Consortium* los aglutinó bajo conceptos nuevos de Patria y Nación, bajo lemas de amor propio e identidad. De odio. Nada como el odio a otros para unir a los pueblos. La pantalla les sugiere que odien al distinto y los hace responsables de cosas que están mal en otras partes. Los duermen con banalidad y los despiertan con odio. Los hombres y mujeres de la voz cantada entran a sus hogares día tras día. Están en las calles y plazas. Siempre. Y un día sencillamente son tan familiares que comienzas a creerles todo lo que dicen. Y un día dejas de cuestionarte las cosas. Dejas de pensar que las fronteras llevan décadas cerradas, que nunca has visto a

un *"cholo"* en tu vida, pero ellos dicen que siguen ahí afuera, amenazándote. Quitándote el trabajo. Repugnándote. No te dicen que son ellos los que compran lo que tú produces. No necesitas saber eso. ¿Para qué? Tampoco te ayuda a pagar tu deuda. Romanticismos. Sólo la ignorancia te ayuda.

Enciendo un cigarro y le hecho un vistazo a mi calle por última vez. El reporte terminó y la pantalla que nunca se apaga ha pasado ya a otra cosa. La gente reanuda su fofa marcha. Se quedarían ahí frente a ella todo el día, pero deben llegar a las fábricas. No les importa; allí también hay pantallas. Cruzo la avenida que hoy se ve más gris que nunca bajo el filtro de la *bruma negra*. No hay colores. Sólo el blanco, azul y rojo de los carteles y los rayados que ensucian las paredes con sus mensajes. La gran leyenda con letras rojas y amenazantes se repite en los anuncios una y otra vez. Me espera un largo camino.

Me toma toda la mañana, pero por fin llego a Las Ferias. Nadie se atreve a llegar hasta aquí sin una mascarilla. Al adentrarme en los gigantescos galpones, puedo reconocer inmediatamente a los forasteros por sus rostros cubiertos. Pero no los oriundos. No… Ellos respiran *bruma negra*. La exudan por cada poro. Aquí, en la periferia, me siento finalmente en casa. Lejos de todo. Me pierdo en los estrechos pasillos atiborrados de gente y ruido interminables. En Las Ferias hay pantallas también, pero los gritos de los comensales ofreciendo sus servicios y las risas socarronas de los ancianos ahogan su sonido y merman su fulgor. Ya es mediodía y las cocinas comienzan a expeler los vapores de sus manjares. El olor a frituras y especias me llena, me satura y me excita. Éste es el lugar donde el tiempo se detuvo, donde el *Consortium* aún no lo es todo, donde los parias son amos y la miseria es un extraño orgullo. Éste es el lugar donde nada importa. Es donde las familias huyeron cuando las fronteras y el borde costero se cerraron por la guerra y las regiones fueron repactadas y extinguidas. Éste es el lugar donde la gente deja su uniforme de trabajo dentro del bolso. Aquí el miedo se respira con menos putridez, perdido entre el azafrán y el merquén. Veo un gato sentado, remolón, sobre una pila de verduras frescas y por un momento, incluso me parece oír los acordes torpes de una desafinada guitarra. Música para mis oídos que viene y va. Los misteriosos intérpretes hacen lo suyo y se desvanecen; tienen miedo de los micrófonos. Los agentes encubiertos. Los rumores. Esa vigilancia que se hace sin vigilar. Pero a quienes realmente les temen,

es a los *Místicos*. Las Ferias es su territorio. Hombres de terno y corbata baratos, armados con pequeños libros negros que vociferan en las esquinas. Fanáticos extáticos que reúnen a su rebaño con promesas de una vida mejor después de ésta, los engatusan con milagros de sanación fácil y juicios horrendos para los indóciles. En un mundo donde prolifera la ignorancia ellos son reyes, violentos sostenedores de un conveniente oscurantismo de falsa rectitud. Cínicos. Producen y promueven toda clase de drogas y sustancias letárgicas para el cuerpo, la mente y el espíritu. Reparten las *"varas"* que funden el cerebro de su plebe, derribando las barreras de la incredulidad y el sentido común, abriéndole paso a sus cánticos mesiánicos que guían a las masas hacia el conformismo. Hacia las fábricas. *"Ora et Labora"*. El *Consortium* los ampara y les permite existir; se necesitan mutuamente. Los unos los hacen miembros importantes de sus congregaciones, los otros construyen para ellos grandes templos de paredes de cristal barato y sillas plásticas con sus fondos. A cambio, hacen lo que ellos no pueden hacer, le prometen a la gente lo que ellos no pueden prometerles. Dos caras de la misma moneda. Me producen repulsión. Sigo caminando y unos metros más allá los encuentro. Sus trajes baratos. Están apaleando a una chica joven. Le escupen y gritan citas amenazadoras sobre fuerzas imposibles que se dejarán caer con ira vengativa y asesina sobre los criminales. Azotes de manos y lenguas. A su lado yace la vieja guitarra cubierta con sangre. Algunos los alientan y alzan los brazos al cielo. Otros simplemente les abren paso y se apartan, corriendo sus ojos sin decir nada. Yo no hago nada tampoco. No soy mejor que ellos. En Las Ferias nadie se mete con los *Místicos*.

Al final del galpón más húmedo y oxidado de Las Ferias se encuentra mi destino. El Club Orochi. Mi segundo hogar. Abro la gastada puerta de latón y entro al salón principal. Mesas vacías y una barra plagada de vasos sucios. Aire viciado, y en cada pared una pantalla que permanece milagrosamente oscura y callada. No sé cómo lo hacen, pero en el Orochi las pantallas siempre están apagadas. Y al fondo, junto al rincón, ella. Esperándome. Crucé toda la ciudad por verla hoy. Antes de que note mi llegada me detengo a observarla un segundo. Evelyn. Su pelo es largo y rojo como la sangre misma. Sus labios acarician un cigarro con asfixiante ternura. Me acerco y su sonrisa me recibe. Ya me conoce algo mejor: a pesar de ser apenas mediodía, ya hay un par de tragos servidos sobre la

mesa. No me conoce lo suficiente: no sabe que los necesito para mirarla a los ojos. Esos ojos color miel. Me siento al otro extremo de la mesa para dos, que apenas tiene un metro y algo más de largo, pero que mi cuerpo siente infinita entre nosotros. Evelyn es mi proveedora. Vengo hasta Las Ferias por los *vuelos* que vendo y que me pagan el pan que me niego a recibir del *Consortium*. Ella es un misterio para mí y yo para ella. En este mundo es mejor así. Sólo sé que cada semana ella estará aquí, en la misma mesa del viejo Orochi, con su cabello de sangre y sus ojos de miel. Es la primera persona con la que cruzo palabras en días.

—Tengo algo para ti hoy —me dice con su voz suave, casi susurrando. Aprieto mis labios, deleitándome en secreto con cada sonido. Reclino mi cabeza un momento interrumpiéndola y extraigo de mi gabardina el viejo revólver. Lo dejo descansar sobre la mesa, junto al vaso que me apresuro en vaciar. Saco un cigarro. Ella lo enciende con gracia. Inhalo profundo. Dejar mi pistola a un lado es el máximo gesto de confianza que puedo darle. Quisiera darle mucho más. Mucho más. Era un regalo de mi padre, el revólver. *"La vida es como una bala, hijo. No para hasta que para",* solía decirme el viejo. Era un tipo sabio. Mi mente divaga. Estoy nervioso.

—Pero tienes que prometerme algo… —continúa Evelyn.

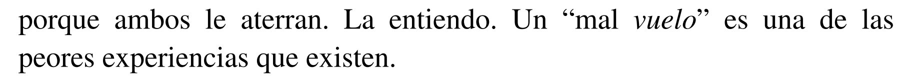
—Claro, sólo dilo —respondo, muy seguro. Grandísimo hipócrita. Ella extrae con sus largos dedos un pequeño estuche de cuero negro de su abrigo. Es curioso, pero veo real preocupación en sus ojos. Como si se tratara de una bomba, desliza con delicadeza el misterioso paquete hasta mis manos. Nuestros dedos se rozan una fracción de segundo.

—Prométeme que tendrás cuidado —me dice. Abro el cierre con lentitud. En el interior acolchado del estuche de cuero negro descansan tres pequeños tubos de cristal que resplandecen con un líquido fulgurante de un rojo tan furioso que hiere mis ojos un momento. Tomo un contenedor y lo levanto a la altura de mis ojos para inspeccionarlo.

—¿Qué son éstas? ¿Acaso son *"varas"*? Yo no vendo esta porquería —exclamo, algo molesto. Evelyn sonríe.

—Qué conservador, viniendo de un hombre que vende *vuelos* ilegales para vivir —me responde, incisiva.

—Los *vuelos* no alteran tu cerebro artificialmente, sino todo lo contrario. Lo regresan a su estado natural. Esta mierda sólo fríe tus sesos. Y ni siquiera se siente bien. Créeme —sentencio. Pero sé de antemano que no será suficiente para ella. A pesar de proveerme, estoy seguro de que nunca ha probado el Novril, ni siquiera los *vuelos*. No captaría la diferencia,



porque ambos le aterran. La entiendo. Un “mal *vuelo*” es una de las peores experiencias que existen.

—No son *“varas”* —termina. La observo curioso.

—Pues… no parece un *vuelo*… —dilucido en voz alta. Vienen siempre en cápsulas o pastillas.

—No es un *vuelo* tampoco —su voz tiembla un poco—. Le llaman *Manzana Roja*.

—*Manzana Roja*… —repito, como su eco. Hay algo en ese fulgor carmesí que no puedo dejar de ver—. ¿De dónde lo sacaste? ¿Los *Místicos*? —pregunto finalmente. Niega con la cabeza.

—Esto viene de alguien nuevo. Alguien a quien llaman El Jefe —explica, más nerviosa que nunca.

—El Jefe… —vuelvo a repetir.

—Escúchame. Este tipo no es un cualquiera. Ni los *Místicos* se atreven a tocarlo. Y se dice que tiene la devoción de los más altos ejecutivos del *Consortium*. Esto no es un juego. El Jefe es un verdadero hijo de puta. Es *el* hijo de puta. —El cigarro tirita entre sus labios. Sus labios…

—Así que me dices que venda esta cosa que conseguiste de este tipo al que llaman El Jefe. ¿Y qué me dices que hacen estas *Manzanas Rojas*? Todo esto suena algo suicida —le respondo con una mueca torcida. No parece impresionada.

—No —responde tan seria que me asusta—. No quiero que lo vendas. Quiero que lo regales.

Lanzo una carcajada tan estrepitosa que Evelyn reclina su cabeza un poco.

—Oye, escúchame… No soy un filántropo. Tengo que poner pan en mi boca. Además si es tan especial como dices… —le miento. Por ella lo haría. Hay tanto que quiero poner en mi boca aparte del pan. Por ella lo haría.

—No estás entendiendo… tienes que pasar esto a la mayor cantidad de personas posibles en el menor tiempo que puedas imaginar. Si te atrapan con esto, te matarán. Te matarán sin pensarlo ni la más ínfima milésima de un segundo. —Por primera vez desde que la conozco me habla a mí, directamente a mí. Está diciendo la verdad. Pongo el contenedor de vidrio de vuelta en el estuche de cuero. No entiendo absolutamente una palabra de lo que me dice. Pero sé que está diciendo la verdad. Esto es importante. No sé si es ella o el resplandor carmesí del paquete que acabo de cerrar, pero algo me hace asentir con la cabeza aunque cada centímetro de mi

cuerpo me grite lo contrario. Me mira a los ojos una vez más. Qué daría por otro trago. Suspira y sonríe.

—Me lo prometiste. Te cuidarás —me susurra pasando su boca a centímetros de mi oreja. Siento la vibración de cada una de sus palabras. Se pone de pie y al fin la veo completa, ya no más oculta tras la infinita mesa para dos. Es hermosa. Comienza a caminar. *“Voltéate”*, digo en mi cabeza. Lo hace. Su sonrisa es sempiterna.

—Adiós, princesa —le digo con la misma mueca torcida. Qué torpe. *¿Princesa…?* ¿En qué estaba pensando? Cuando menos lo esperas, una retahíla de frases estúpidas puede convertirse en tu epitafio. Evelyn deja el lugar y es como si las luces se hubiesen apagado. Estoy solo de nuevo. Dirijo mis ojos al estuche de cuero y siento que me devuelve una mirada acusadora. Me lo guardo en la gabardina junto a mi pistola. Ya habrá tiempo para eso. No es hora de *Manzanas Rojas*. Estoy en el Orochi. Y eso sólo significa una cosa: es hora de *volar*.



Ilustración: Ferrán Clavero

Lo que hace del Orochi mi segundo hogar no es su decadente decoración ni el hecho de que sus pantallas estén siempre apagadas. Lo que hace del Orochi mi segundo hogar se esconde detrás de su fachada, debajo del piso y de las viejas mesas. Ahí, oculto de los visitantes casuales pero bien sabido por su clientela habitual, se encuentra el verdadero giro y rubro de este antro. El Orochi es lo que en la calle se conoce como un *"Bar REM"*. Es en estos lugares donde los que saben vienen por sus *vuelos*. No esa porquería automedicada que le vendo a los adictos y a los rebeldes de nombre que buscan probarse algo a sí mismos. Con sólo una pastilla antes de cada noche y sin supervisión ni guía, un *vuelo* puede convertirse en una tortura para una mente sin costumbre ni entrenamiento. No, ésta es la crema de la torta. Sólo calidad. Golpeo la puerta de servicio pobremente camuflada y uno de los encargados me abre, sin hacer preguntas. Es un hombre mayor y algo desaliñado que ya había visto antes. La gente los llama *Areneros*; siempre uno por cada habitación. Mi *Arenero* de turno me conduce por una serie de largas y profundas escaleras de cemento mohoso hasta aterrizar en el pasillo del sótano. Ahí, me indica el cuarto asignado de este día. Camino junto a él por el estrecho corredor plagado

de puertas cerradas. Una luz roja encendida junto al umbral de cada una indica que una sesión está en progreso. El lugar parece especialmente atiborrado hoy y las ampolletas rojas tiñen el luctuoso pasillo. Finalmente, entro a la habitación: un gran cuarto vacío con un rotoso sillón reclinable plagado de cables y conectado a un rústico y claramente improvisado panel de control. Junto a ellos yace una pequeña mesa de noche y un igualmente discreto taburete de madera. Lanzo mi sombrero a un rincón mientras el *Arenero* cierra la pieza por dentro. Me dejo caer en el sillón que lentamente cede a mi peso hasta dejar su respaldo totalmente horizontal. Respiro profundo mientras el *Arenero*, cual veterano alfarero dispuesto a iniciar su labor diaria, se sienta junto a mí en su pequeño piso junto al artesanal panel rebosante de cableados pelados y chispeantes. De la mesa de noche toma un vaso de agua y una minúscula pastilla. Me arrimo y me las echo al cuerpo sin chistar. Estoy ansioso por comenzar, pero el *Arenero* me recrimina con la mirada. Tengo que calmarme para que esto funcione. Inhalo y exhalo. He hecho esto tantas veces que ya he perdido la cuenta; debería saberlo mejor. Observo de reojo al improvisado artesano obrando sobre los controles. A continuación, mi parte favorita del proceso: el anciano operador me apunta el panel donde, en un pequeño compartimiento, me revela su más preciado tesoro: cientos de diminutas tarjetas de información rotuladas a mano. Música. Bendita música. Me sonrío solo, pensando en lo que pasaría si un correcto oficial del *Consortium*, un amante apasionado de la *Universal Commonwealth Act* presenciara este sagrado ritual. Me acelero elucubrando sobre el origen del *Arenero* y su prohibido botín. Sin titubear elijo mi habitual: George Harrison. "*Within you, Without you*". Cinco minutos de gloria. Mi corazón se acelera una vez más. Vuelvo a respirar profundo. El operador me da una señal para indicarme que pronto comenzará. Asiento, pensando en la sacra confianza que se oculta en la casual relación entre un *Arenero* y su cliente. Él se quedará junto a mí vigilando cada segundo del proceso. Ante la más mínima señal en sus precarios instrumentos, frente al más insignificante asomo de un "mal *vuelo*" en sus mediciones, interrumpirá todo. Me siento seguro. Volteo mi cabeza un segundo para verlo insertar la tarjeta de información elegida en la ranura de su panel. Vuelvo mis ojos hacia adelante. Hacia el techo. Hacia el cielo.

Y entonces, comienza.

Mis ojos se entrecierran mientras el vacío del lugar comienza a llenarse con el ligero sonido de la sitar. El tamborín retumba al ritmo de la sangre de mi cuerpo y poco a poco puedo sentirla. Toda. Una sola vibración por cada centímetro de mi ser. Es un ritmo calmo y perfecto. Mis párpados se

deslizan al son de una voz suave que me susurra, mientras siento cómo todo mi exterior comienza a desvanecerse lenta, lentamente. Comienza a irse. Un paso a la vez. Y de pronto siento que el mundo se dobla y se separa, que está más allá, un paso más lejos de mí. Y de pronto ya no hay *Arenero*. Estoy solo en ese cuarto, y las paredes comienzan a alejarse suavemente. La luz me elude y siento que mi piel se desactiva, que es incapaz de percibir ya nada, que el sillón de aquella tenue habitación se ha despegado de mí y apenas me roza. Siento que no siento. Todo está a un paso de mí. Y entonces la veo. Es una pequeña chispa frente a mi cuerpo, danzando. En su senda parece romper el espacio mismo, dejando una estela de un color que no puedo describir. No es un color. Son todos los colores. Y siento que puedo tocarla, como un trozo de luz suspendido frente a mí, saludándome. Seduciéndome. Y siento que alzo mi mano, pero no sé si lo hago de verdad. Y la toco. Es cálida. La veo separarse ante mí en cientos de líneas: una de cada color de lo que existe. Y no hay blanco. Ni azul. Ni rojo. Me abrazan como largos brazos y estoy a metros sobre mi silla. Floto. Vibro. Los colores me sujetan como hilos de seda acariciando el aire y mi piel con etérea delicadeza. Los veo rellenar cada centímetro del espacio que ven mis ojos. Y de pronto son todo. Una luz infinita. Y no hay cuarto. Me pierdo. No hay arriba ni abajo. No hay suelo. Me pierdo. Y parezco verme a mí mismo; volando. El cielo es de un celeste intenso, eterno. Y debajo de mí desfilan infinitos bosques de un verde que no conozco. Y el mar que nunca he visto se despliega inagotable bajo mis pies. Y mi padre flota conmigo, comiendo una naranja. Me sonríe. *"La vida es como una bala, hijo"*, me susurra al oído a millones de kilómetros de distancia. Braulio vuela con él. Y veo un gato recostado remolón sobre el Sol. Y volamos, por siempre volamos. Volamos hacia el antes. Antes de que los colegios cerraran y los teatros se derrumbaran. Antes del *Consortium*. Antes de la *Ley*. Antes. Sin Razón; sin Fuerza. Un país con Sur y Norte. Y mientras vuelo los escucho, los escucho acusando y jurando. Los escucho controlando la noche por miedo a sus sucios secretos. Los escucho diciendo "*No necesitas preocuparte por las opciones cuando no las tienes"*. Los escucho aplaudir. Vitorear, los escucho. Matar, los escucho. Odiar, los escucho. Irse, los escucho. Y veo a todo el mundo en un solo, gran parpadeo. Un mundo sin *neblina negra* en las almas de los míos. Y veo a Evelyn. Dulce, dulce Evelyn. Desnuda me espera recostada en sábanas blancas hechas de nubes. Una cama sin bordes, infinita hasta donde la vista se pierde, donde me dejo caer. Su cabello rojo como la sangre me baña, se enreda su piel dorada en mi carne sin revestidura como un manojo de dedos incontables. Y nuestros cuerpos se rozan, se tocan y se confunden como nuestros labios.

Y puedo sentir cada centímetro de su cuerpo, y cada segundo de su existencia ahí me pertenece, y su respiración es la mía, sus latidos los míos, su aliento el mío. Y me meto en su boca, tibia, dulce, húmeda, viva. Y mi mente se pierde en su entrepierna. Y susurro "*Gloria. Infinita, infinita gloria*".

Un estruendo.

Abro los ojos. Estoy en la vieja y sucia habitación vacía. El taburete está desocupado. El *Arenero* no está a mi lado. Algo sucede. Otro estruendo. Disparos. Están aquí. El *Consortium* está aquí. Me pongo de pie pero mis piernas ceden a mi peso y se desploman. ¿Cuánto tiempo estuve dormido? Todo da vueltas. Mis extremidades no responden, como si siguieran aún lejos de aquí. Me despego con todas mis fuerzas del suelo frío y apenas logro incorporarme. Escucho el retumbar de las botas y los gritos, las ráfagas y las puertas abriéndose de par en par, acercándose una a una hasta mí. No pienso. Mi mano entra en mi gabardina en el segundo exacto en que la vieja puerta de madera frente a mí sale expulsada de sus bisagras por negros botines de cuero. Alzo el revólver. Mi dedo actúa por mí. Un golpe del percutor. Un soldado sin rostro vuela varios metros hacia atrás. Otro golpe y el culatazo me empuja con fuerza. El segundo soldado se desploma hacia un costado; la mitad de su cara deformada, su sangre mezclada con pintura de camuflaje. Tengo que salir de aquí. Cruzo el umbral y el angosto pasillo es caos. Las luces rojas parpadean y las ampolletas explotan en el fuego cruzado. No veo hacia atrás, sólo disparo. Escucho un cuerpo caer. Puedo ver las esquirlas resplandecientes de cemento volar en mi camino. Corro. Veo la puerta al final del pasillo, una salida de emergencia que noté con religiosa rigurosidad en cada una de mis visitas a este lugar, jamás imaginando hacia dónde iría, jamás pensando que tendría que usarla alguna vez. Mis piernas apenas dan, apenas responden, pero nada me importa. Sólo corro. Atravieso la puerta y la cierro tras de mí. La madera se astilla junto a mi espalda, disparo a disparo. Estoy en un callejón, detrás de los galpones. Es de noche ya. ¿Cuántas horas han pasado? Y entonces, lo siento. Un piquete ardiente, un cálido mordisco que destroza mi carne y hurga en mis entrañas. El dolor es indescriptible por solamente un segundo, un instante de inenarrable ardor que luego no es más que un tibio baño, cálido y suave. Me desplomo. Arrastro mi cuerpo unos centímetros, cuando la veo: una figura alta, erguida a la entrada del oscuro callejón, vestida entera de un negro impecable, desde los zapatos hasta la punta de su afilado sombrero. Una gabardina flameante que se sacude con el viento nocturno como la capa de una Parca acechadora. En su mano derecha un revólver humeante me

apunta decidoramente. En la izquierda, un cigarro incandescente. Es un sicario. Baja su arma y camina hacia mí, un paso eterno a la vez. Por cada metro que se acerca a mí siento con más intensidad un aire gélido a su alrededor, un aura fría como la noche misma. El asesino se detiene frente a mí un segundo, contemplando su obra. Arroja su cigarro y lo aplasta con la suela de su zapato reluciente sin cuidado. Lentamente se agacha y estira su mano libre hasta mi abrigo. Tiemblo. Extrae el estuche de cuero negro, sin siquiera pensar en retirar el arma que se sacude en mi mano. Ambos sabemos que no quedan balas en la recámara. Su rostro es angulado y duro como la piedra. Esboza una tendida sonrisa.

—¿Sabes qué es esto? —me pregunta con una voz carraspeada y profunda, sosteniendo el paquete frente a mi cara.

—*Manzana Roja* —respondo. Las palabras emergen de mi boca temblorosa con dificultad. Toso sangre. Mis ojos se desvanecen y apenas puedo mantener la vista en el estuche de cuero.

—¿Y sabes de quién es esto? —vuelve a preguntar el sicario con la misma sonrisa.

—El Jefe —alcanzo a escupir antes de expulsar una explosión de sangre de mis pulmones. El hombre de sombrero afilado me sonríe una vez más.

—¿Y sabes lo que le pasa a los que prueban lo que no está hecho para sus lenguas, ven lo que no está hecho para sus ojos, oyen lo que no está hecho para sus oídos? ¿Sabes lo que le pasa a los que toman lo que le pertenece al Jefe?

No respondo. Mi mente se desconecta. En mi cabeza no hay una respuesta, sólo una pregunta. La pregunta que me ha cazado desde que abrí los ojos esta mañana. La pregunta que me he hecho en silencio desde el día que nací.

—¿Por qué? —musito. La sonrisa se borra del rostro angulado del sicario vestido de negro. Sus ojos se encienden y me atraviesan como sus balas.

—*¿Por qué?* Porque no debe haber un *por qué*.

El asesino se alza recto una vez más. Levanta su arma. Abro mi boca, quiero decir algo, no detenerlo, no rogar, sólo decir algo. Algo que valga. Sólo sangre emana de mis labios. El sicario vestido de negro vacía su cartucho en mi cuerpo. No siento el dolor de las balas. No siento nada. Sólo las veo entrar a mi carne una y otra vez. Las veo parar en mí. *"La vida es como una bala, hijo"*. Mi vida para. Mis pupilas se dilatan mientras veo al hombre de gabardina y sombrero alejarse por el callejón, llevándose consigo el frío de la noche. La sangre ha comenzado a llenar

mi cabeza, porque juro ver un par de gloriosas alas blancas emerger de su negra espalda abiertas de par en par, alzándolo hasta perderse en la oscuridad. *"El Jefe es un verdadero hijo de puta"*, dijo ella. Me pregunto cuál habrá sido su suerte. Mis últimos segundos de lucidez son para Evelyn. Me extingo, no pensando en el *por qué*, ni el *cómo*. Me apago pensando en el *cuándo*. ¿Cuándo dejamos de importarnos? ¿Cuándo dejamos nuestra existencia en manos de otros? ¿Cuándo renunciamos a pensar? ¿A saber? ¿Cuándo abrazamos la ignorancia, los estandartes, los odios, los Jefes, consorcios y misticismos?

Y es entonces que me golpea. Un pensamiento. Una luz fugaz que ilumina mi cerebro en una fracción de segundo. Sonrío. En el piso de aquel callejón sonrío. Sonrío porque me doy cuenta de que hoy, mientras mis ojos se oscurecen y mi corazón se detiene, por primera vez en mi vida soy dueño de una verdad. Hoy, por primera vez, tengo una certeza propia, mía, sólo mía y de nadie más.

Esta noche sé que sin importar qué suceda, sin importar ningún mandato, designio o fuerza alguna, mañana a las 5:19 A.M. mis ojos estarán cerrados.

Esta noche soy libre.

**Inti Carrizo-Ortiz es un joven director, guionista, profesor y comentarista de cine chileno. Fue el creador del cortometraje de ficción Sci-Fi "Renacimiento", inspirado en el universo de George Lucas y premiado en el Star Wars Movie Challenge organizado por Lucasfilm, además de tener exitosos pasos por el Festival Internacional CINEFANTASY (Sao Paulo, Brasil), Festival CINE//B 2009 y el Festival Internacional de Cine Fantástico, de Ciencia Ficción y Terror de Santiago FIXION-SARS (donde este año el autor ofició como jurado). Actualmente se encuentra próximo a comenzar el rodaje de su primer largometraje de ciencia ficción, "Belenus", y tiene otros proyectos en el campo de la literatura fantástica.**

**Esta es su primera participación en la revista.**

**Este cuento se vincula temáticamente con DIOS DEL ÁCIDO, de Alfredo Álamo; FAMILIA DEL VEINTIUNO, de Moisés Cabello Alemán, DUENDES, de Ramiro F. Sanchiz y HERMANO MENOR, de Cory Doctorow.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Fantástico : Ciencia Ficción : Distopía : Sociedad : Chile : Chileno)

# Fairlane

## Sergio Bonomo

**ARGENTINA**

Amanecía el 6 de octubre de 1998 cuando el potente sonido de la campanilla retumbó en la habitación en penumbras.

Después de encender la luz del velador, Mario pudo contemplarlo: un antiguo reloj despertador de principios del siglo XX, regalo del anticuario del negocio de la calle Carlos Calvo, donde trabajaba como encargado.

Cinco en punto de la mañana. Como todos los días.

—Cinco en punto de la mañana, primavera —dijo Mario, casi sin pensar.

Por entre las rendijas de las persianas se filtraban débiles rayos de sol. Apenas herían la agonizante oscuridad. La mañana se abría camino poco a poco, permitiendo la visión de los muebles.

Resultaban absurdos esos rayos: Mario no recordaba que el sol apareciera tan temprano. Pero últimamente la realidad merodeaba la zona del desconcierto, así que no le extrañó que también el sol anduviera con los horarios desorientados.

Estuvo a punto de levantarse para abrir las persianas y permitir que los haces luminosos se apropiaran del cuarto, pero lo desestimó. Su natural inercia de esas primeras horas lo mantuvo acostado, sin moverse de su sitio.

*—Ahora que no es hora para nada, su boca enamorada me incita una vez más.*

Pero no. Ya no su boca enamorada. Ahora sólo ausencia y vacío y una cama demasiado grande, demasiado ajena. Además que despertar así, canturreando ese tango, aunque fuera para sus adentros, le pareció a Mario algo superior a un exceso. Más aún en esa hora de la madrugada, cuando las cosas siempre aportan lánguidos reflejos de tristeza. Y en donde en ese día en particular arreciaba —éllo llegaba a percibir, aún con

las ventanas cerradas—, un frío violento, invasor, a pesar de la estación de las flores.

Claro que lo que más deprimía a Mario no transitaba por cuestiones musicales ni climatológicas. Lo que martirizaba su mente era la imagen de la cara de Teresita, feroz asalto al centro de sus pensamientos. Se trataba de su primer despertar en esa casa sin la presencia de ella. Sin su mano húmeda posada en la enredadera de su pelo, sin sus dedos finos entrelazándose a los suyos en el devenir de la mañana.

Mario, los días anteriores, se la pasó de trámites, y de velatorio. Y casi no durmió, o durmió como pudo y cuando pudo. Pero después de lo sucedido, ¿cómo enfrentar, en esa doliente y nueva soledad, la ventisca que seguro se cernía sobre la ciudad? ¿Cómo sustraerse así, de golpe, sin la compañía de Teresita, al mundo de las pesadillas? Espacio oscuro y nebuloso, habitado por inciertos fantasmas.

Mario recordó cierta cita de Ernesto Sabato, que le había leído Teresita a poco de conocerse —aquellas primeras felicidades, instantes distintos a éste, plenos de aprendizaje, cuando comenzaba a florecer un universo impensado—. El escritor sentenciaba que en los sueños radicaba toda la verdad de los hombres, pues el inconsciente poseía incapacidad de mentir.

Amanecía, y él se hallaba en completa soledad, jugando distraído con los pliegues rugosos de las sábanas. Intentando resolver en su cabeza el laberinto de lo acontecido en los días pasados: Teresita saliendo de su trabajo en la redacción, ya noche. La brusca aparición de un enorme automóvil cruzando el semáforo en rojo —algunos testigos, bastante poco convincentes, hablaron de un Fairlane negro, funesta antigüedad emergiendo de las sombras—. Y el cuerpo de su mujer impactado de lleno, arrojado como una marioneta loca. “Así como le cuento, señor, voló como un muñeco”, relató un diariero que dijo haber presenciado todo. Incluso la huida rauda del conductor, que se perdió en la tumultuosa ciudad.

Los diarios fatigaron las primeras planas. Algunas radios intentaron entrevistar a Mario.

“¡La ciudad naufraga en océanos de locura!”, decían los locutores. “¡Se conduce cada vez peor, y para colmo nadie respeta las normas de tránsito!”.

Luego de la intervención policial y el reconocimiento del cadáver en la morgue —”Tenía los ojos muy abiertos”, había dicho el forense, mientras descorría la sábana que cubría los despojos—, el sencillo entierro en la Chacarita. Las previsibles condolencias de los pocos amigos. El abrazo de

Pablo y de Lorena —"los intelectuales", como los llamaba él—, un apretón entre lágrimas mudas. Y el profundo agujero de tierra, póstuma morada de su hermosa mujer muerta.

Pensar en Teresita transportaba a Mario a tiempos remotos. Sobre todo al lugar y a la manera en que se conocieron.

La vida pude resultar insólita. Muchas veces el destino provee caminos que, si se los imaginara con antelación, provocarían una risa incrédula. Mario transitaba entonces todos los clichés del típico pibe de barrio. Criado en los sórdidos arrabales de Villa Lanzone, en las afueras de José León Suárez, vagaba por calles de tierra y bares mugrientos.

Trabajaba de obrero en una fábrica textil.

Su vida antes de Teresita se consumía en noviazgos efímeros y en morder la derrota cotidiana con la barra de amigos: Capucci, Caballo Loco, Petaca y, por supuesto, el Oso, protector y guía de todos. Gente de dudosa calaña y de ocupaciones oscuras.

Ella había llegado una tarde, enviada por el diario en el que trabajaba, a cubrir una nota policial. Se vino con un fotógrafo de barba espesa y suéter rojo, y con el justificado miedo a internarse en aquellos lugares peligrosos. Mario la observó desde el bar de la esquina, y midió a la distancia su vergüenza y su temor: la frente altiva de la chica, un gesto falso intentando ocultar su verdadero sentimiento.

Mario se dio cuenta enseguida: a la piba la esperaba la barrita del flaco Poggi. Se levantó, corrió hacia ella y el fotógrafo y les impidió el paso. Teresita se echó atrás y aferró su cartera. Lo miró como si mirara a un monstruo a punto de devorarla. Él entonces le señaló al grupo que bebía cerveza. La tomó de un brazo y urgió al fotógrafo a que los siguiera.

"¡No es conveniente andar solos por aquí, si no se conoce bien la zona!", les había dicho en voz baja. Sonrió, y ella pareció aflojarse. Y el fotógrafo también suspiró.

Les tendió una mano firme y curtida.

Esa tarde él les sirvió de guía y de salvoconducto. Teresita pudo realizar sus preguntas a los vecinos, y luego, en un bar de Villa Ballester, lejos de las inclemencias de Lanzone, mantuvieron su primera conversación en soledad.

Quién sabe por qué se gustaron desde el primer momento. A partir de

aquella charla, Teresita le mostró otra vida, lo sacó de la abulia y de la vulgaridad. Lo fue puliendo. Lo instó a completar sus estudios. Le leyó a Paul Eluard y le enseñó la oscuridad de Alejandra Pizarnik. Mario no entendía, pero tampoco le importaba no entender. Algo en su alma de muchacho elemental se iba modificando.

Teresita le cortó el pelo, lo afeitó, lo fue moldeando. Y cuando las miradas y los cafés y los gestos fueron llenando el vacío primal de las conversaciones, cuando el mirarse entre dos frases que precedían a un silencio largo fue abriendo una grieta entre sus mundos antagónicos, llegó entonces, inevitable y deseado, el hotel del Paseo Colón: sombras secretas reflejadas en paredes vacías, besos de fuego en las ventanas ausentes. Y fue arder las manos y el buscarse con brusca suavidad, reconocerse por primera vez con toda su torpeza y su vértigo. Y fue el aliento entrecortado y el sudor y las bocas que eran de uno y de los dos.

Contra lo imaginado por los amigos de ella —sobre todo por parte de Pablo y de Lorena, que no ocultaron su perplejidad—, aquella relación no fue uno de esos tantos y conocidos caprichos de Teresita. Más pronto de lo que su círculo íntimo se atrevió a presumir, la pareja alquiló una casa frente al Parque Lezama.

Mario renunció a su trabajo en la textil y abandonó a sus amigos del barrio. Con ayuda de Teresita se colocó de empleado en una tienda de antigüedades.

Pablo solía decirle a ella —con una voz que a Mario siempre le sonaba rencorosa— que el pasado jamás nos abandona. Lorena y él venían incorporados a su flamante mujer, y con cada palabra que dejaban caer al descuido, Mario medía la distancia, un puente roto en donde sus vidas tan distintas apenas se rozaban.

En las reuniones con los nuevos amigos —veladas que se prolongaban hasta la madrugada del domingo—, se hablaba de Voltaire y de Schopenhauer, se discutía a Woody Allen y a Spinoza. Mario se encogía de hombros, aburrido. Permanecía en silencio, saboreando con la mirada —por encima de toda esa latosa erudición que muchas veces lo excluía— el pelo rubio de Teresita. La fulgurante cascada en la que él hundía los dedos cada noche y que se acercaba mucho más a la Verdad que todas esas frases pretenciosas. Aquellos rulos que precipitaban un aroma a flores nuevas y que huían de todo el macaneo intelectual.

Al año de que se mudaran juntos, comenzaron las pesadillas de Mario.

La entrada de un nuevo rayo de sol le dio de lleno en la cara, lo sacó de sus cavilaciones. Debió cerrar los ojos. Después de que sonó el despertador, todavía le quedaba tiempo para pensar un rato: quince minutos. Solía permanecer en la cama hasta las cinco y cuarto, de cara a la pared, de espaldas al reloj, ocupando encogido el lado izquierdo del colchón. Aunque en aquel despertar no era necesaria semejante cautela, porque Teresita ya no descansaba a su lado.

¡Teresita!

Ella se encargaba de silenciar el despertador. Acaso a través de ese gesto se permitía ejercer un pequeño poder dentro del cuarto. O simplemente —y esto es lo más lógico—, sucedía que el reloj se hallaba de su lado. Lo dejaba sonar unos segundos, y luego estiraba su mano con somnoliento desdén. Entonces se apagaba el retumbo… y al instante otra vez se oía el silencio, apenas herido por el monótono tictac.

Mientras él remoloneaba sus quince minutos, Teresita entraba en la cocina y se disponía a preparar el desayuno. ¡Cómo disfrutaba Mario escuchar desde la oscuridad del dormitorio los pasos atareados! Se complacía con el tintinear de la vajilla y el aroma cargado del café, que inundaba toda la casa.

Y pensar que Teresita jamás comprendió por qué a él esos quince minutos de pereza le resultaban tan necesarios. Mario dejaba volar sus pensamientos en el ancho cielo de las trivialidades, sobre nubes de nociones inútiles, como si la realidad adquiriese en esos instantes su costado más ridículo.

Tanta pasividad en esa hora primera —le decía Teresita—, y tanta turbulencia, tanto vértigo en tus sueños.

Y Mario le explicaba que ponía en acción sus mecanismos de defensa.

—Uso el escudo del pensamiento y de la razón —se defendía— para rescatarme a mí mismo de la dimensión oscura, para que las pesadillas se esfumen de una vez.

Él lo intuía: cuando Teresita lo oía hablar de esa manera, seguro recordaba los primeros momentos de la relación. La tosquedad de su lenguaje —no exento de palabras subidas de tono—, la brutalidad con que vomitaba sus pensamientos, delataban de qué ciénaga provenía. Ahora no. Él expresaba sus ideas con exactitud, eligiendo frases propicias y refinadas.

Mario nunca recordaba sus sueños, pero el horror se deslizaba, reptaba entre ellos. El final sí era siempre el mismo: un brusco despertar ahogado de miedo, o de tristeza, o de las dos cosas a la vez. Y tanteaba en la oscuridad el rostro de Teresita, que despertaba sobresaltada por sus gritos. Ella encendía el velador y observaba los ojos de Mario, las pupilas fuera de sus órbitas. Oía el jadeo acelerado de él. Veía los hilos de saliva colgando de su boca. Entonces le limpiaba los labios con un pañuelo, lo besaba, le secaba las lágrimas.

—¡Tranquilo,amor! Es otra pesadilla, estoy acá.

Mario se calmaba poco a poco. La realidad retornaba. El universo presentaba lentamente su conocida silueta. Entonces él bebía un vaso de agua y se quedaba embelesado contemplando la cara de su chica, consciente de que aquella mirada la desconcertaba.

Lo único que recordaba Mario al despertar era la visión de un borde. Una cinta angosta y gris que se adentraba hacia un horizonte remoto. Podía ser cualquier cosa: un cordón de vereda, una cornisa. No lo sabía. Y después la nube, eso sí. Una masa envolvente y húmeda que lo asfixiaba y lo cegaba, y de la cual sólo podía escapar con un alarido.

Pero en este 6 de octubre de 1998, Mario no había gritado. Su sueño resultó plácido como no sucedía desde mucho tiempo atrás. El despertador sonó, exacto, a las cinco. Y él nada más abrió los ojos.

Se encontró solo, el otro lado de la cama vacía. Aún perduraba, sobre la almohada enorme, el hueco que había dejado la cabeza de Teresita en todos esos años.

Mario se dio vuelta para observar la hora… y ahí lo descubrió: ¡el reloj marcaba las cinco menos cinco!

Debería estar marcando, a lo sumo, las cinco *y* cinco.

Seguro que el despertador se había descompuesto.

No resultaba raro, ya que se trataba de un aparato antiguo.

Pero tal vez no, pensó. Tal vez coloqué mal la aguja, y la campanilla sonó antes. Aunque… en fin.

Aquello remitía a la extrañeza, y es que él actuaba meticulosamente con esas nimiedades. A las diez en punto de la noche, le daba cuerda al aparato. La pequeña aguja del despertador, siempre clavada en el 5. De todas maneras, esa mañana prefería hacer como siempre: haraganear en la cama otro rato. Y volvió la cabeza hacia la pared.

—No fueron buenos estos últimos días —dijo en voz alta, mientras acariciaba el lado vacío del colchón—. Nada buenos.

Pensó en la relatividad del tiempo. En un universo de amaneceres grises virando a anaranjados tenues, a furiosos amarillos. El tiempo: árboles agitándose cierta mañana en una de las veredas de la Márquez, hojas cayendo sobre el suelo desparejo de la avenida. Entrevió ese paso fugaz, secreto, del invierno a la primavera, y la lenta corrupción de la muerte. El tiempo podía avanzar de aquí a allá —¿deaquí a allá, como si discurriera por un sitio?—, indiferente a los relojes. Algo así: despertarse en el alba de ese día melancólico y pensar en Teresita, con un cerrado y persistente tictac de fondo. ¡Cadencias! ¡La vida se fragmentaba en un simulacro de cadencias y en la tortura de un acompasado repiquetear! Y otra vez recordar el llamado telefónico de Lorena, *tictac tictac, Mario, sucedió algo terrible, tictac tictac, parece que Teté sufrió un accidente hace unas horas, tictac tictac, a la salida de la redacción, tictac tictac, no ubicaban a nadie, tictac tictac, hasta que un oficial encontró mi tarjeta en su cartera, tictac tictac, vos no te muevas de ahí, yo paso a buscarte.* Y todo ese vértigo terrible transcurriendo en lapsos que los relojes son incapaces de registrar, pues en esos aparatos ridículos no caben ni la sangre ni los olores ni las caras desencajadas por el llanto.

Aturdido, Mario giró una vez más la cabeza hacia el reloj. No logró siquiera gritar. Suspiró, después de darse vuelta contra la pared. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Rogó que se tratara de una alucinación, un espejismo o lo que fuese, generado por el cansancio y el sueño. Volvió a mirar el reloj. Pero no: marcaba las cinco menos diez.

¿Otra falla mecánica? Imposible. Él había estudiado los intrincados mecanismos de esos trastos viejos en los ratos libres que le permitía su trabajo.

Si un reloj como éste se estropea —reflexionó—, se detiene sin más: no vuelve sobre sus pasos.

El restaurador le había enseñado a repararlos y él recordó que tal retroceso no podía ocurrir.

Entonces se figuró la causa… No, no podía suceder eso. Imposible. Y, sin embargo, la pregunta despuntaba en él contra toda lógica, enfrentada a toda certeza natural: ¿el tiempo… el tiempo desandaba su camino?

—Ridículo —dijo en voz alta, y se estremeció de que nadie estuviera a su lado para responderle.

El sólo hecho de considerar aquel prodigio resultaba absurdo. No existía nada más atroz ni inverosímil que la visión de un reloj que retrocede. Ninguna monstruosidad, ni de la literatura o del cine o de la vida real, lograría causar en él la impresión que imponía ese girar inverso. Y no por

esa razón en sí, sino por la carga de efectos demoledores —demoledores del orden natural— que tal hecho implica: la pérdida de un sostenido equilibrio; la suspensión de una acción sucesiva hasta entonces armoniosa.

Miró a su alrededor. Entonces se dio cuenta, no le quedaron dudas. Ninguna luz ya lastimaba sus ojos. Fijó su vista en la ventana del balcón: los rayos de sol habían desaparecido. La negra noche se adivinaba otra vez detrás del cortinado, oscura y siniestra.

Imaginó una desgracia que sobrepasaba su lógica de hombre. El pasado se convertiría gradualmente en presente para quedar en el futuro. Lo que había sucedido, ahora se encontraba por delante. Acechando.

Una idea lo reconfortó: "Si el tiempo se mueve en forma inversa, no ocurre lo mismo conmigo. Sigo en mi cama, mis pensamientos avanzan".

Se aferró a eso: debía agarrarse con fuerza a esa razón que lo mantenía dentro de los límites de la cordura. No se atrevió a levantarse. El miedo lo atornillaba. Saltar de la cama era entrar en el juego que el tiempo proponía. Significaba asomarse al balcón, salir a la calle, ver a los vecinos y ser testigo de la metamorfosis.

Había que pensar en algo, en cualquier cosa. Cerró los ojos otra vez y apretó los párpados. En la oscuridad aparecieron destellos imprevistos, puntitos luminosos que se multiplicaron sin fin. Galaxias enteras bailaban detrás de sus ojos cerrados. Planetas de colores azules, violetas, verdes. Surgieron caras de gente conocida, sin que él las hubiese convocado. Abrió los ojos: el reloj marcaba las cinco menos veinte. La reversión era un proceso imparable.

Volvió a cerrar los ojos. Las galaxias y las caras habían dado paso a otros resplandores. Manchas borrosas lo cubrieron todo.

De pronto surgió una imagen del pasado reciente. Intentó anularla, pero la imagen se impuso y se deslizó anárquica por su mente. La escena cobró vida. Se vio a sí mismo tomando un colectivo y regresando a Villa Lanzone, después de mucho tiempo. Se vio trajinando sin rumbo por aquellas calles que le parecieron otras. Anduvo entre gente que no lo reconocía, o que creía recordarlo vagamente. Anduvo por las canchitas de fútbol de los potreros, se escurrió hacia el depósito abandonado de la empresa de colectivos "La Costera", en donde había jugado de chico. Y le llegó, lejano y caliente, el aroma espeso de las sofocantes zanjas del barrio.

La ciénaga, pensó. Otra vez en la maldita ciénaga de su puta niñez, de su adolescencia sin destino. Había vivido, había chapoteado entre la mierda

hasta que se casó con Teresita.

Teresita…

Cansado, se sentó sobre una piedra y observó su cara reflejada en un charco. Lloró en silencio, con la frente entre las manos. Se levantó y fue hasta las puertas de la textil. El edificio estaba destruido, ocupado por legiones de familias.

Siguió caminando. A medida que se acercaba a las casas percibió, como si lo descubriera por primera vez, el rumor quejumbroso del barrio.

Los ojos le ardían como abrasados.

Pensó que haber partido de aquel sitio lo hizo desembocar en el más grave de los errores. Recordó las palabras "El pasado no nos abandona plenamente" y pateó el suelo, rabioso.

Avanzó un nuevo trecho. Se mintió que lo hacía guiado por el puro azar. Pero sus pies lo llevaron allí, a donde quería ir desde un principio. Desde que, convencido, trepó al colectivo en el Parque Lezama.

Se detuvo frente a un enorme galpón desvencijado, con un portón de chapa pintado de verde. Chifló una señal que los de adentro conocían bien. Le abrieron y lo invitaron a pasar.

En un inmenso terreno dormitaban su última siesta filas de autos apilados. La grúa emitía un sonido ensordecedor, llevando chatarra de aquí para allá. Dos hombres condujeron a Mario hacia una oficina. El Oso lo recibió con un abrazo, y él se le derrumbó.

Le contó todo lo de Teresita:

—Me cagó, Oso —dijo llorando—. Nunca hubiera imaginado eso de ella. ¡Cómo me cagó! ¡Si la hubieses visto como yo la vi! Pero no pude hacer nada… No pude.

Habló a borbotones, gesticuló. Después bajó la cabeza y se quedó en silencio. El Oso le dijo: —¡Quéle vas hacer, pibe: las minas son todas unas turras!

Salieron. Un Fairlane negro languidecía junto a la chatarra.

—Éste te va a servir —dijo el Oso, señalando el enorme automóvil—. Es viejo. Te lo llevás, hacés lo que tenés que hacer y lo traés enseguida para acá, ¿entendiste?

Él asintió.

—Después nosotros lo "cortamos" —siguió el Oso—. Aquí nadie lo encuentra. Como el pasado, se hace humo. Fue.

Mario se sobresaltó en la cama, abrió los ojos. La penumbra de la habitación lo perturbó. Respiró profundo. No era eso en lo que quería pensar. Su propia mente lo estaba traicionando, lo llevaba para donde ella quería. Se burlaba de él.

Miró el reloj: las cuatro y media.

Volvió a apretar los párpados. Esta vez no hubo galaxias coloridas, ni destellos dorados ni imágenes borrosas. El pensamiento lo catapultó a la tienda de antigüedades, a su trabajo. Mario intentó resistirse, pero su cabeza actuaba por sí sola y le dominaba los sentidos.

Una nueva escena se le imponía. Se oyó pedir permiso ante el anticuario, para salir más temprano. Argumentó que no se sentía bien.

—No me siento bien —se oyó decir, como si fuesen palabras de otro.

Pasó por el Británico, pidió un té de hierbas en lugar de café, y miró por la ventana: el Parque Lezama florecía.

Necesitaba hacer tiempo antes de que Teresita volviera de la redacción. Pagó. Pretendió estirar las piernas, para ver si se le quitaba el dolor de cabeza. Deambuló por Paseo Colón. Aquellas recovas siempre le agradaron, sobre todo la que cubría el hotel donde Teresita y él se amaron por primera vez. Fue hasta allí.

De pronto le llamó la atención la larga cinta gris del cordón de la vereda, y fue como si la memoria le devolviera algo muy antiguo. Una náusea se estranguló en su garganta. El corazón: una bomba a punto de explotar.

Se quedó quieto, sin poder dar un paso. El dolor de cabeza actuaba como un amasijo de plomo que no le permitía respirar y lo dejaba tieso, parado junto al cordón. El aire se nubló. No lograba ver con claridad. Las personas, los coches, las anchas columnas de la calle adquirieron formas fantasmales.

La realidad desapareció.

—La nube —balbuceó Mario—. La nube de mis sueños…

El murmullo de la ciudad sucumbió en un silencio inhóspito. Mario se sostuvo de una de las columnas. La nube le impedía ver qué sucedía del otro lado. El sudor le resbalaba como gusanos viscosos. La camisa se le pegó al cuerpo. Las sienes le reventaban. Debía ir hacia adelante, disipar aquella cerrazón de infierno.

Logró avanzar un paso, dos, tres, con los brazos extendidos. Sacó el pañuelo del bolsillo, se restregó los ojos.

Y la nube desapareció.

Y la calle recobraba su luminosidad. Estallaban otra vez los bocinazos y el murmullo de la gente. El dolor de cabeza cesó. Mario respiró el aire fresco de la tarde y dio unos pocos pasos más, confundido.

Al levantar la vista observó salir a una pareja del hotel. Ellos no lo vieron, distraídos en prodigarse risas y caricias, de esas que denuncian el buen momento que se acabó de disfrutar. Tuvo que volver a sostenerse, para no caer en mitad de la vereda. Pretendió gritar, pero las palabras se le atragantaron. Intentó correr hacia ellos, hacia Pablo y Teresita. Pero sus pies estaban otra vez plantados en el piso. Comprendió, más allá de todo entendimiento, que eso había sido sólo la nube de sus ojos abriéndose por fin. La oscuridad despejándose a sí misma en una claridad que dejaba desnudas todas las preguntas. Todos esos interrogantes que las pesadillas siempre se habían negado a responder. Entendió que los mundos de Teresita y de él apenas se habían rozado en esos años. Que Teresita y él sólo existieron como la vigilia y el sueño, opuestos que se entrelazan de manera irreal. Y en algún sitio secreto de su alma lo supo —sin admitirlo—: resultaba lógico que Pablo y Teresita se besaran en esa claridad que los unía, mientras él los miraba desde su destino implacable, desde el alma de las arterias anegadas de Villa Lanzone y Avenida Márquez.

Los vio alejarse entre risas. De nuevo intentó gritar, pero no lo consiguió.

“Si gritara, tal vez podría despertarme”, pensó con ironía.

Entonces ahí le surgió la idea de volver al barrio y conversar con el Oso. Que fuera el Oso quien le brindara una solución. Ir a su desarmadero. Conseguir un auto de esos que nadie reclama. Un auto viejo, que le haya caducado el pedido de captura.

Mario abrió otra vez los ojos: el reloj marcaba cuatro y veinte.

Se revolcó entre las sábanas, que lo envolvían como a un muerto. Un reflejo de plata penetraba por las rendijas de la persiana y alargaba hasta lo indecible las sombras de los objetos.

—No es el sol —balbuceó—. Es la luna. La luz de la luna.

Se alegró: en su sueño recurrente, en el viaje de tantas noches de zozobra, él siempre llegaba al mismo punto —la visión de una nube y esa misteriosa cinta—, y entonces despertaba gritando.

Ahora no. La realidad se había desnudado ante él con la terrible verdad: Teresita se había desnudado ante Pablo.

Y el tiempo… el tiempo continuaba con su imparable retroceso.

¿Qué cosa decirle a ella cuando “regresara” de la muerte? ¿Cuál explicación sería entonces la apropiada?

Rememoró las palabras del forense: “Tenía los ojos muy abiertos”. Y ahora él recordaba también lo que el médico había agregado, suspicaz: “Tal vez la pobre pudo ver al irresponsable que la atropelló…”.

Mario se colocó de cara a la pared, de espaldas al reloj. Volvió a girar, inquieto, en una última esperanza de estar equivocado, de hallarse ante una simple ilusión.

Pero no: marcaba las cuatro y cuarto.

Supo que el matiz anaranjado que precede a la noche retornaría. De nuevo la tarde del crepúsculo se repetiría sobre el verde del Parque. Y luego el mediodía, y la mañana, y otra vez la noche.

Mario se incorporó, apretó los dientes y saltó de la cama. Arrojó el reloj contra la pared, que estalló en esquirlas. Abrió la boca y sintió que la garganta se le aflojaba y gritó. Gritó hasta dolerse entero, hasta que su cabeza fue el propio dolor gritando.



Ilustración: Maléfico

Sentado en la cama, entre lágrimas, se sobresaltó.

El antiguo reloj marcaba las siete y treinta, intacto, sobre la mesa de luz. Un incipiente sol se insinuaba a través de la persiana, y le perforaba los ojos. De a poco fue comprendiendo:

—Me quedé dormido —dijo—. Otra pesadilla…

Se levantó a los tumbos, como un ciego, y se dirigió al baño. Luego de asearse caminó por el pasillo que conduce a la cocina. Algún íntimo temor debía albergar aún, porque no se atrevió a mirar el almanaque que colgaba

en la pared.

—Ese otro reloj de papel —dijo—. Tan irreal, tan inconcebible como todos los relojes.

Desde la puerta entreabierta de la cocina le llegaba un ligero rayo de luz. El aire le pareció nuevo, cargado de tostadas y café caliente. Un precioso aire de madrugada. De los vecinos, seguro.

Pero el ruido de la vajilla lo estremeció.

Movió la puerta, apenas con la punta de los dedos. Entró. Y se acercó despacio hacia la mesa, con la respiración contenida: dos tazas de café recién servidas humeaban sobre el mantel de hilo.

—Buen día, mi amor —dijo, a sus espaldas, la voz de ella.

No respondió. Aquello le había sublevado la sangre. Le crispó los puños. Un instinto primario iba sitiando los territorios de su razón: retornaba al caos.

Y ahí Mario entendió qué debía hacer. Ya sentía de nuevo la presión de sus propias manos sobre el volante del viejo Fairlane. Pronto vería otra vez, sorprendidos ante la inminente embestida, los ojos bien abiertos de aquella puta.

**Sergio Bonomo escribe desde hace muchos años. Es autor del libro de poemas "Aguas Servidas" y fundador del ciclo de Narración Oral Mester de Juglaría. Colaboró con la Editorial IMAGENARTE y obtuvo el premio al Autor Local en el certamen de cuentos 2008 organizado por la Municipalidad de General San Martín. "Fairlane" fue finalista del Premio Domingo Santos 2010, organizado por AEFCFT.**

**De Sergio, hemos publicado en Axxón DETRÁS DE LA PUERTA.**

**Esta historia se vincula temáticamente con DESDE LA CULPA, de Lucas Berruezo; SELOALV, de Magnus Dagon; CÍRCULOS Y ENGRANAJES, de Germán Amatto y UN CRIMEN PASIONAL, de Marcelo Difranco.**

Axxón 214 - enero de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Terror : Crimen : Culpa : Argentina : Argentino).

# Apocalipsis

## Miguel Santander

**ESPAÑA**

No hubo trompetas ni sellos. O, si los hubo, no fueron siete sellos sino cinco, uno por cada sentido, y se cerraron en lugar de abrirse.

No sé con exactitud cuándo comenzó. Dicen que uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde. Y a veces, añadiría, ni siquiera entonces. Lo que sí es seguro es que fue poco después de empezar el tratamiento.

Varón blanco, treinta y siete años. Parkinson. Dios me mostraba su retorcida sonrisa, arruinando de un plumazo mi hasta entonces prometedora carrera de pianista. Y el neurólogo, un tal doctor Lobato, me daba la noticia escondido tras su estudiada sonrisa tranquilizadora.

—Está en su fase inicial. Naturalmente, no puedo garantizarle nada, pero existe un tratamiento experimental que…

Parkinson. Apenas pude concentrarme en lo que dijo a continuación. Algo de un ensayo clínico con nanonosequé que me irían inyectando y que se encargarían de reparar las conexiones neuronales adecuadas, una a una. Al parecer había tenido éxito en ratas de laboratorio.

Naturalmente, firmé los papeles que me puso delante. ¿Y qué otra cosa podría haber hecho?

Después, claro, debí atribuir los primeros síntomas a los pequeños incidentes de la vida cotidiana. Pero no era un resfriado lo que tenía cuando se me quemó el besugo en el horno por San Valentín, ni iba absorto cuando aquella ambulancia casi me atropella.

Dos o tres visitas a la clínica más tarde, los efectos se hicieron más evidentes. Pero Susana lo interpretó de otra manera.

—¿No te ha gustado? —dijo una noche con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—No, no es eso, cariño, es que estoy nervioso por el concierto… —

respondí a unos ojos nada convencidos.

Y no era del todo mentira: ¿quién no lo estaría ante la perspectiva de que los dedos lo traicionaran a mitad del *Claro de Luna*, ante el aforo completo del Palau de la Música? Lo que le oculté, en cambio, fue que apenas había sentido nada. Y que había fingido el orgasmo.

Pero no era por su culpa. Como tampoco lo fue que aquella lasaña que preparó al día siguiente me resultara insípida. Poco a poco, desprecio a desprecio, Susana se fue apartando de mí, a medida que yo me apartaba de ella y del mundo. Finalmente no pudo más y me obligó a ir a un terapeuta.

Para entonces yo había suspendido tres conciertos. No por el Parkinson, que apenas me molestaba, sino porque ya era incapaz de oír las octavas más graves y las más agudas, lo que hacía que casi todo el repertorio de Tchaikovski, Beethoven, Bach y Stravinski me sonara entrecortado. Todo a mi alrededor había perdido brillo y estaba teñido de colores apagados y cenicientos. Susana me cogía la mano con fuerza, pero yo no notaba el tacto de sus suaves dedos más de lo que hubiera notado el de un pescado frío. El médico me hizo preguntas que yo respondí como pude, e ignoró mis protestas, diciendo que todo era psicosomático, que fisiológicamente no me ocurría nada y que estaba más sano que un roble.

Supongo que el diagnóstico no pilló por sorpresa a Susana. Pero no estaba deprimido. Estaba aterrorizado.

Tampoco entonces lo relacioné con el tratamiento. Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Qué ironía. Yo me estaba quedando ciego, sordo y todo lo demás, y estaba demasiado asustado como para pensar en las causas.

Ver en blanco y negro no tiene el *glamour* del cine clásico. Sobre todo cuando además tu visión se va reduciendo a un túnel cada vez más estrecho. Ajeno a cuanto me rodeaba, desde el mullido taburete hasta el aroma del sándwich que Susana me traía religiosamente cada tarde, me refugié en el reconfortante blanco y negro de las teclas del piano.

Pero no duró mucho. Una a una, las notas graves y las agudas fueron desapareciendo, y las teclas correspondientes se cubrieron de polvo. Beethoven, Brahms, Satie, Vivaldi… todos se fueron, arrinconándome entre do3 y mi4, con lo que sólo habría podido tocar *Frère Jacques* o alguna otra de esas piezas para principiantes que se reducen a una octava.



Ilustración: Laura Paggi

Poco a poco, los sellos continuaron cerrándose, desgarrando mi conexión con la realidad. Es curioso: sólo entonces, cuando ya era tarde para recuperarlos, comencé a extrañar un sinfín de pequeños placeres que antes daba por sentados: el zumbido de la maquinilla de afeitar junto a mi oído, los tonos rojizos y violetas del atardecer, el olor del pan recién hecho en mis paseos matinales, el hormigueo de la soda en el paladar, el roce de las sábanas limpias y planchadas…

Sumido en un ocaso que parecía irreversible, no reaccioné hasta lo de aquel documental. Refugiada como siempre frente al televisor, Susana contemplaba un grupo de aserradoras en el Amazonas. Los árboles iban cayendo ante aquellas termitas humanas hasta que la zona entera quedaba completamente yerma. Sólo entonces se me ocurrió que aquellas diminutas máquinas me estaban haciendo lo mismo a mí, hurgando en mi cerebro, destruyendo uno a uno los enlaces que me sujetaban al mundo.

No me lo pensé dos veces. Me pareció que Susana gritaba algo cuando salí tambaleante, camino del hospital. Ignoro cuánto tiempo me llevó recorrer aquellas cuatro manzanas sin sentir ambas piernas, ni cuántas veces tropecé y me agarré a lo primero que pillé, ya fuera pared, farola o señora escandalizada.

Una vez en la clínica del doctor Lobato, ni siquiera esperé a que la

enfermera me indicara el camino a la sala de espera. Irrumpí en su despacho y comencé a gritarle tan agudo como pude —de otro modo no me hubiera oído a mí mismo—, echándole la culpa de lo que me sucedía. Supongo que en algún momento las piernas me fallaron y caí al suelo, porque me encontré mirando al techo de repente.

—¡Haga algo, maldita sea! —le rogué, desesperado—. ¡Sáqueme esas malditas máquinas de la cabeza!

Me examinó, incrédulo al principio. Luego dijo algo que no alcancé a oír por mucho que me esforcé.

—¿Me oye? —gritó en un tono más alto—. No hay nada que pueda hacer. Usted formaba parte del grupo de placebo…

Su rostro, lo último que vi en mi vida, se debatía entre la sorpresa y el interés enfermizo por una dolencia completamente nueva y desconocida.

Y entonces los sellos terminaron de cerrarse.

**Miguel Santander es doctor en Astrofísica y trabaja en el observatorio del Roque de los Muchachos en la Palma. Siempre que el tiempo libre se lo permite, mantiene un blog de literatura y divulgación, Tras el Horizonte de Sucesos, y escribe divulgación (ha publicado una serie de artículos en la revista online “Caos y Ciencia”), así como ciencia-ficción. En este plano, su novela corta “La Costilla de Dios”, finalista del XXI Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción, será publicada el año que viene por Grupo AJEC. La revista de reciente aparición Sci-Fdi publicó su cuento corto “Duplicado”; anteriormente, otro cuento,”Caída hacia la eternidad”, quedó finalista en el Concurso de Cuentos de Ciencia-Ficción con motivo del Año Internacional de la Física 2005, que organizó la Universidad Nacional Autónoma de México, y fue publicado en un volumen editado por esa misma universidad.**

**El cuento que aquí presentamos, *Apocalipsis*, resultó 5º puesto del jurado y 3º puesto del público en la categoría Ciencia-Ficción en el Concurso “Monstruos de la Razón III” de OcioZero, 2010. Con él hace su primera incursión en nuestra revista.**

**Este cuento se vincula temáticamente con DESCONEXIÓN, de Ángel Villán; NANOBOTS EN EL CÉSPED, de Louis B. Shalako y ENTRE HUMANOS, de Claudia Cortalezzi.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Nanotecnología : Experimentos : España : Español).

# Personalidades III: Vidas Paralelas en un mismo universo

## Gonzalo Santos

**ARGENTINA**

Los dedos cambian de una tecla a otra con gran velocidad. La sala de chat a la que ha ingresado se llena de mensajes muy rápidamente. Allí, si se quiere ser leído por todos, hay que apurarse y, si es necesario, escribir dos, tres o cuatro veces lo mismo. Aunque tampoco es conveniente excederse, porque en caso de hacerlo siempre está la posibilidad de ser baneado.

Cristian vive con su esposa en un departamento en Palermo, sobre Libertador. Es gerente de una empresa de medios española, que ha incurrido en una práctica que, hoy en día, ya se ha tornado común: desembarcar en Argentina para conseguir mano de obra barata. No tiene hijos, pero en el futuro proyecta tener dos. Una nena y un varón, en lo posible.

Ahora está hablando con una mujer que vive, como él, en Palermo, y, según ha dicho, es casada y tiene cuatro hijos, dato que, por cierto, resulta irrelevante para una persona que quiere realmente a su pareja. O al menos dice quererla mucho. Aunque ese sentimiento, por otro lado, y en el mundo de Cristian, tiene un significado que deja fuera todo aquello que tenga que ver con el sexo, de manera que él la puede querer mucho a su mujer, a su "gatita" (así suele llamarla cuando está de humor, es decir, pocas veces), pero eso no quiere decir que no pueda, al mismo tiempo, tener un "encuentro fisiológico" con otra mujer. Una cosa, en el mundo de Cristian, no contradice a la otra. Así como tampoco se considera un engaño tener sexo virtual con alguien que esté dispuesta a mostrar su cuerpo luego de un arduo trabajo retórico, trabajo para el que él está bien preparado: ha estudiado con detenimiento la retórica aristotélica, la nueva retórica, la teoría pragma-dialéctica de los holandeses, y ha puesto en práctica esos conocimientos con excelentes resultados.

Luego de los clisés habituales que se utilizan para entrar en contacto con el otro, la mujer con la que está chateando ahora le ha preguntado en qué consiste su trabajo; pero él esta vez no ha dicho que su puesto es de gerente, como acaba de hacer con otra persona; a ella le ha confesado que, en realidad, su tarea consiste en cargar y redactar eventos que suceden en Valencia, bajo una identidad que no es la suya, en un portal de entretenimientos español. “A los españoles los engañan y a nosotros nos explotan”, acaba de decir. A lo que la mujer ha respondido: “Sí, y lo peor es que nos damos cuenta y nos gusta”. “Exacto. Y yo diría que no sólo nos gusta sino que…”.

Pero de pronto los dedos han comenzado a entumecerse. Recién recorrían el teclado con agilidad. Ahora apenas caminan con esfuerzo, como quien viene de un largo peregrinaje sin dormir. En su casa se escuchan ruidos, e irrumpe una voz de mujer que le arranca a su rostro un gesto de fastidio: “¿Te pensás quedar ahí toda la noche, Rodolfo? Si querés, te llevo una frazada y dormís sentado”.

Y entonces Rodolfo (llamémoslo así por un rato) comienza a construir las frases con las que se despedirá de la mujer con la que está chateando, pero sus dedos recorren el teclado armando las suyas, como si pudiesen discernir por ellos mismos lo más conveniente para esa situación, y al final ha resultado una frase tan ingeniosa que ni pensándola, reconoció él más tarde.

Ahora es el día de mañana de hace un rato, de ayer. Afuera es domingo y han comenzado a caer algunas gotas. Rodolfo se ha despertado y observa detenidamente a su esposa, que duerme con la boca semiabierta y respira muy fuerte; pero evita el contacto físico con ella, como cuando está enojado. Ahora mira el reloj: son las cinco y media de la mañana, así que vuelve a cerrar los ojos. Piensa. Ahora intenta no pensar. Se da vuelta. Se concentra en el ruido del reloj. Abre los ojos de golpe, los cierra. Se suena los dedos de los pies. Recuerda la primera vez que vio a su esposa, luego de acordar una cita en el chat. Mira el reloj nuevamente: ya son las seis; es decir, un horario en que tiene auto-permitido levantarse. Se levanta. Se dirige hacia la heladera, la abre y se sirve un vaso de jugo de naranja, que coloca sobre el escritorio de la computadora. Su mujer, en tanto, parece seguir durmiendo. En el mundo de Rodolfo, las mujeres duermen mucho. Diez, once, doce horas, y a veces más.

En la sala de chat hay poca gente. Sólo quedan los trasnochados, o aquellos que dejan encendida la máquina incluso cuando están durmiendo. O los robots de las grandes compañías, que generan publicidad automáticamente, no importa dónde.

Sólo hay dos mujeres: Jazmín y Pamela. Cristian saluda a una, copia el saludo y después lo pega en la ventanita privada de la otra. Ninguna contesta. Quizás pertenecen al grupo de los que dejan abierto el chat toda la noche. Pero no: unas líneas más arriba, allí donde van los mensajes generales, hay frases escritas por ambas. Si no contestan es porque deben estar hablando con otra persona, o haciendo otra cosa, visitando algún sitio. Quién sabe. Acaso ni siquiera sean reales.



Ilustración: Laura Paggi

Luego de esperar unos minutos, Cristian ya está casi por salir de esa sala; pero, de pronto, una de ellas contesta. Le dice “hola”, le pregunta dónde vive y la edad.

Cristian ahora tiene treinta y nueve años y es soltero. Vive en un departamento, en Caballito, y es jefe de recursos humanos de una empresa muy grande de la que no puede dar el nombre. Estuvo enamorado en varias ocasiones, pero sus parejas siempre lo han decepcionado. “Y eso que no exijo mucho”, está explicando ahora. “Sólo pido que sean leales, sinceras y buenas personas: nada más que eso”. “Ni nada menos que eso”, se apura en responder la mujer. “Hoy en día es muy difícil encontrar

alguien de tales características. Estamos en el 2031, recordalo". "Sí, en el 2031 después de Cristo, o en el año 19 después de… bueno, digamos después de lo que pasó en el 2012, como se cuenta ahora". "Sí, bueno, como fuera, lo que te quiero decir es que yo también tuve varias decepciones. Muchas. Pero con el tiempo aprendí a no esperar mucho de los hombres o, lo que es lo mismo, a conocerlos mejor".

Pero claro que él no es un hombre más, de esos de los que, con mucha razón, no se puede esperar nada. No pertenece a la raza de los previsibles, de los infieles, de los estructurados. Cristian es un hombre importante, con ideales caballerescos, que si debe sacrificarse por una doncella no lo piensa dos veces. Tendrá otros defectos, por supuesto. Pero a las mujeres las trata como se merecen, como los hombres de antes. Y así lo está aclarando él mismo ahora: "Seré un bicho raro, dirás; pero no podría dejar siquiera que una mujer pase un día sin una rosa. Sinceramente lo digo".

Y lo ha dicho sinceramente, de veras. Porque Cristian es así en serio: un romántico, un galán. El marido ideal, casi para cualquier mujer (o, por lo menos, para las pocas que aún pretenden casarse). Todo lo contrario de Rodolfo, que ahora, por cierto, ha levantado la vista de la computadora y ha escuchado el ruido que hace su esposa al levantarse, mientras bebe el jugo que se había servido para satisfacer sus necesidades orgánicas.

"(…) Cuando terminé de estudiar letras", continúa Cristian, pues la mujer le ha pedido que explique cómo ha llegado a ser jefe en una empresa importante, "conseguí trabajo en una editorial, a través, por supuesto, de un conocido. Allí mi tarea consistía en corregir tanto las obras literarias de los escritores, como los informes y boletines que algunas empresas enviaban y cuyo destino era una red interna. Era el tiempo de la guerra, el año 2015, o año 3, como quieras llamarlo. Argentina, Venezuela, Paraguay, Ecuador y Bolivia habían formado la Asociación Latinoamericana en Defensa del Agua y el Petróleo (ALDAP) —te cuento esto porque con diecisiete años dudo mucho que lo sepas, sobre todo teniendo en cuenta que ya han sacado la historia de los colegios argumentando que nadie necesita profesores que expliquen apenas diecinueve años de humanidad—. En el otro bando estaba Estados Unidos, naturalmente. Estados Unidos y la llamada "Coalición del Norte", integrada también por Gran Bretaña, Rusia, China y Francia, entre otros. Ellos querían…".

De pronto, Rodolfo ha sentido una mano sobre su hombro y se ha dado vuelta enseguida. Era su esposa. Los ruidos que había escuchado antes al final eran verídicos. Su esposa ahora está allí, y quizás ha leído lo que está escribiendo en el chat. Sus ojos son ojerosos y tiene el pelo revuelto.

"¿Ya arrancás con esto tan temprano?", dice, fastidiosa. Pero él no le contesta, en parte porque no sabe qué decir y en parte porque no quiere ponerse a discutir tan temprano. "Son las seis y media de la mañana", continúa entonces ella. "Las seis y media de la mañana y ya estás como un tonto hablando con esta máquina. ¿Tanto te duele la realidad que tenés que evadirte día y noche? ¿No te cansás de mentir tanto? ¿Es mejor la máquina, son mejores las mujeres virtuales que yo? ¿Acaso no te satisfago? ¿Para qué *cazzo* te casaste entonces conmigo, eh? Te lavás la ropa solo, la planchás solo, incluso te cocinás solo… ¿Era necesario?

Rodolfo la escucha atentamente, pero no le responde nada, como si fueran (y quizás lo son) preguntas retóricas. Simplemente, la deja que se descargue. Sabe muy bien que no la está haciendo feliz y que ha cometido demasiados errores. En parte le da pena ella. Pero bueno, no puede hacer nada. Le hubiese gustado que las cosas se den de otra manera, pero ahora ya están así. Una lástima. Mientras hablaban en el chat había sido todo muy lindo, ambos habían encontrado que tenían una afinidad especial, que compartían casi los mismos gustos; pero, luego, en la convivencia física —está pensando Rodolfo ahora, mientras su mujer regresa a su habitación —, las cosas se dieron vuelta completamente, demostrándoles a ambos que una buena relación es algo más que tener los mismos gustos. Aunque tampoco tienen exactamente los mismos gustos… Pero no importa.

"La Coalición del Norte, te decía", continúa Cristian ahora, "era un conjunto de países que se había reunido para obtener agua de los países latinoamericanos. Ellos venían acá, invadían y, *grosso modo*, argumentaban que lo hacían por nuestro bien". "Sí, está muy bien lo que decís", interrumpe ahora la mujer. "Es interesante y es bueno saberlo. Pero… ¿qué tiene que ver con lo que me estabas por contar?". Entonces responde Cristian: "Es que aún no terminé. Ya lo vas a ver. Yo trabajaba, como te dije, para un grupo editorial muy grande, ¿no? Bueno, la cuestión es que cierto día viene un tipo de traje y entra en el despacho de mi jefe. En la oficina, como era el horario del almuerzo, había poca gente. Yo seguramente ya habría sospechado algo raro, porque en ese momento había dejando lo que estaba corrigiendo y me había puesto —disimuladamente, por supuesto—, cerca de la puerta para escuchar lo que decían". "¿Y qué decían?", interrumpe de nuevo la mujer, acaso en señal de que está escuchando y no se ha ido. "Al parecer el tipo", continúa Cristian, como siempre manejando diestramente la conversación, "pertenecía a un grupo rebelde relacionado con el ALDAP, que, por si no te acordás, es la Asociación Latinoamericana en Defensa del Agua y del Petróleo. Bueno, no pude escuchar mucho de lo que se habló ahí, pero

hubo un detalle que me llamó mucho la atención, un detalle por el cual he llegado a descubrir algo que hizo que me tuviera que esconder por los siguientes cuatro años…”. “¿Qué pasó?”, le pregunta la mujer, acaso entregada a un pacto ficcional sin darse cuenta. “Lo que pasó”, responde Cristian inmediatamente, “fue que el tipo en realidad trabajaba para Estados Unidos, para los malos, para…”.

Pero la conexión se ha interrumpido de golpe y la ventana del chat se ha cerrado sin causa aparente. Entonces Rodolfo, que mientras se desarrollaba la conversación pensaba en su esposa y tomaba jugo, maldice su suerte e intenta volver a conectarse; pero no puede: a cada intento surge un mensaje de error diferente, así que decide reiniciar la máquina. Mientras tanto, va hacia la cocina, abre la heladera y llena de nuevo su vaso con jugo de naranja. Su mujer aparece abruptamente detrás de él, por segunda vez en el día. En su cara —observa Rodolfo— comienzan a abrirse pequeñas grietas que, apenas en un instante más, dibujarán un gesto de resignación. Junto a ella hay una valija roja de cuero, de las antiguas. Casi no hace falta decir nada, pero ella de todos modos habla, acaso porque necesita hacerlo. “Me voy”, dice. “Me voy; ya no soporto más esta situación, esta pareja… que de pareja no tiene nada. Esta vida que de vida no tiene nada. Esta muerte perpetua que de muerte no tiene nada porque en mi vida incluso eso está vacío. Pero… ¿qué te digo a vos si ni siquiera te importa y además no entendés nada? Si por lo menos me hablaras, si aunque sea me mintieras, como hacés con las señoritas con las que hablás en esa máquina de porquería, en esa máquina que… ¡Basta, basta! Ya no más, Rodolfo. Me voy. Ya es muy tarde para todo. Lo he intentado una y mil veces, pero no funciona. Vos no vas a cambiar más. Me voy. Me voy”, concluye rotundamente, esforzándose por no derramar siquiera una lágrima. Luego agarra la valija, la levanta con esfuerzo y se dirige poco a poco hacia la puerta.

Rodolfo la sigue con la vista y en ese instante le hubiese gustado tener un poquito de la retórica que tiene Cristian, por lo menos para consolarla y que no se vaya de allí tan triste. Pero él también lo ha intentado en varias ocasiones, sin ningún resultado. Lo único que puede hacer en ese momento es acompañarla, quizás ponerle una mano sobre el hombro. Además, ya es muy tarde para las palabras. Pronunciar alguna ahora lo único que haría es empeorar la situación. Acaso cualquier cosa que diga en este contexto sería considerada por ella una burla, que transformaría su resignación en un rapto de ira. Así que no, ¿para qué?

Rodolfo acompaña a su mujer hasta la puerta. Camina detrás de ella, sin animarse a ponerse a su lado. Recién ahora empieza a comprender lo

importante que era su esposa en su vida y lo mucho que va a echar de menos *su ausencia*. Tantos años bajo un mismo techo (y esto es algo que, por cierto, ella decía mucho: "estamos bajo un mismo techo y no hacemos otra cosa que eso" ) no podrían olvidarse fácilmente.

Cuando llegan finalmente a la puerta, su esposa pone una mano sobre el picaporte y lo mira por última vez. Como si le diera pena, lo mira. Sus ojos ya no tienen ningún rencor ni reproche; ahora en ellos hay más bien cierta comprensión y ternura, aunque no la suficiente como para quedarse. Rodolfo lo comprende y lo acepta. Sabe que ya la ha hecho sufrir demasiado y que se merece un hombre que la quiera más o, al menos, que pueda acompañarla más. La pareja, ahora sí, está totalmente terminada.

Pero al girar por fin el picaporte, su esposa se detiene y pega un grito involuntario. En el umbral, frente a ella, hay un hombre de bigotes y, junto al cordón de la vereda, hay dos más arriba de un Mercedes. Cada cual se mira como si el otro constituyese una amenaza y la tensión se apodera de todos.

—¡José! —exclama de pronto el hombre al ver a Rodolfo, y en su cara se dibuja rápidamente una sonrisa victoriosa—. Veo que finalmente nos hemos encontrado. Tantas idas, tantas venidas, y al final hete aquí, en Barracas, justo cuando habíamos dejado de buscarte. Espero que ahora no seas tan habilidoso como antes para la fuga porque… —el hombre abre su mochila, agarra una botella de agua y se la ofrece con ironía—. Tomá, ¿querés?

Entonces Rodolfo, o José, o Cristian, mira compungido a su esposa; pero en seguida vuelve la vista al hombre y agacha la cabeza, como entendiendo que esta vez le ha tocado perder la partida.

—No, gracias —le responde—. Sólo quiero… quiero…

—Hablá, ¿qué querés?

—Quiero… despedirme de mi esposa, ¿puede ser? Es sólo un instante.

—¿Tu esposa? —el hombre mira alrededor y después se ríe ruidosamente —. Siempre tan esquizofrénico vos, José. Vamos, apurate y cooperá, porque la verdad, no tengo ganas de lastimarte. Dale.

**Gonzalo Santos es profesor de Lengua y Literatura, graduado en 2008, y actualmente está haciendo un postgrado, una diplomatura en Ciencias del Lenguaje. Trabaja en varias escuelas secundarias estatales de la provincia de Buenos Aires y en un profesorado, también estatal, al que accedió por concurso y donde tiene a cargo la cátedra Taller de**

**lectura, escritura y oralidad.**

**Además de haber publicado algunos cuentos en Axxón, ha obtenido una mención de honor en el concurso de poesía de la revista Artesanías Literarias, y en abril de 2010 apareció un relato suyo en la revista Aventurama.**

**Sus influencias literarias y filosóficas son el teatro del absurdo, el existencialismo de Sartre y el primer Heidegger, alguna página de Foucault, la narrativa de Saer, los universos de Kafka, la poesía de Pizarnik, las novelas de Arthur Clarke.**

**Ha aparecido en Axxón con los cuentos PERSONALIDADES, PERSONALIDADES II: AUTÓMATA DE BUENOS AIRES y EL CONSERVACIONISTA.**

**Este cuento se vincula temáticamente con ANOCHE-SER, de Adrián M. Paredes; AVATAR, de Laura Ponce y SECRETO DE CONFESIÓN, de Federico Schaffler.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia ficción : Alucinaciones, visiones : Realidad virtual : Argentina : Argentino).

# Agua turbia

## José Antonio González Castro

**ESPAÑA**

Hacia el poniente, por encima de las casas blancas del pueblo cercano, veo cómo se apagan los últimos esplendores del cálido atardecer. La quietud que hay a mi alrededor tiene esa peculiar cualidad que anuncia el crepúsculo, un silencio roto sólo por los trinos de algunas golondrinas lejanas y por el borboteo del manantial que hay junto a mí.

Según me contaba hace un momento un anciano del pueblo, de la fuente natural mana agua fría incluso en pleno verano, bebida que también se utilizaba hace años para abrevar el ganado. Sin embargo, ahora sale turbia y no es potable.

—Lleva ocurriendo así desde primeros de mayo —me decía el hombre.

—¿Porqué? ¿Qué es lo que la enturbia? —le pregunté.

—Cenizas —levantó el bastón que le servía de apoyo y señaló a unas ruinas que coronaban la cima del pequeño monte que se erguía ante nosotros. Y aclaró—: Cenizas de muertos.

A continuación me habló sobre los hechos funestos que acontecieron allí: de cómo de lo que ahora no quedaba más que un conjunto de escombros ennegrecidos, hacía tan sólo un mes era un reputado y hermoso monasterio cisterciense del siglo XII en el que vivía una docena de monjes sabios. Y de cómo aquella aciaga tarde del 4 de mayo, sin que aún se sepa la causa, el edificio ardió con una facilidad y rapidez inaudita, como si estuviera hecho de papel. Parece ser que el comienzo fue algo súbito. Todos los vecinos del pueblo dejaron sus quehaceres domésticos y se precipitaron a las calles, alarmados por el fuerte olor a quemado y el denso humo que comenzaba a cubrirlo todo. Cuando se apercibieron de lo que ocurría, y vieron aquellas colosales llamas que se elevaban hasta las nubes, una ola de pánico recorrió el municipio entero. Por todas partes se oían gritos de desesperación y horror. Dada la magnitud del incendio,

muchos pensaron que el fuego acabaría devorando también sus casas y temieron por sus vidas. Algunos, incluso, tomaron sus pertenencias a toda prisa y se marcharon a las aldeas cercanas en busca de protección. Otros corrían despavoridos hacia las profundidades del bosque, como si huyeran de un monstruo. En pocas horas todo se convirtió en una desolación de escoria y muerte calcinada por un fuego que parecía demoníaco. Ningún monje logró escapar. Sólo una fuerte y oportuna lluvia, a la mañana siguiente, pudo poner fin a tan devastadora tragedia.

—Afortunadamente no hubo que lamentar más víctimas. Después de aquel incendio el agua del manantial se ha vuelto turbia, como ve. La lluvia caída estos días se filtra en la tierra caliza, absorbe las cenizas y la podredumbre de aquellos hombres santos, y se trae consigo ese color grisáceo junto con el olor de la putrefacción —explicó el viejo.

»No es la primera vez que ocurre algo así —continuó diciendo—. Hace un par de años el monasterio de San Bernardo, algo más al sur, corrió la misma suerte que este. Todo habría quedado en una mera casualidad si las semejanzas hubieran terminado aquí. Pero no es el caso, y esto es lo verdaderamente extraño. Entonces tampoco hubo sobrevivientes y, como aquí, el fuego únicamente afectó al convento; ni los sembrados de vides que había alrededor, ni las casas que estaban a tan sólo unas decenas de metros sufrieron daño alguno. Era como si detrás de aquello hubiera una intención oculta, como si el fuego estuviera dirigido por una mano invisible. La policía, que durante varios meses investigó el asunto, no pudo encontrar ningún indicio criminal. No hubo detenciones ni sospechosos. Comoquiera que no dieron con el foco del fuego, al final atribuyeron el desastre a un mero accidente natural.

»Era el mes de septiembre, cuando abundan las tormentas, así que dedujeron que probablemente un rayo había caído sobre el monasterio, provocando el incendio. En un principio esto podía parecer lógico. Pero resulta que, según los vecinos del pueblo, en la noche del desastre no hubo ninguna tormenta, ni se oyeron truenos, ni se vieron relámpagos. La investigación oficial requería encontrar una explicación, y como no tenían ni idea de lo que realmente ocurrió, determinaron la primera causa que se les presentó por delante, aunque esta no tuviera ninguna base. En lo que respecta a nuestro monasterio, las pesquisas tampoco están llevando a ninguna parte.

»He sido maestro de escuela durante cuarenta años y puedo considerarme una persona medianamente culta. Nunca he creído en maldiciones, ni influencias malignas de los astros ni supersticiones de ningún tipo. Pero después de esto ya no sé qué pensar. Para cualquier persona sensata las

semejanzas entre los dos incendios son una coincidencia poco fortuita y demasiado sospechosa. La gente del pueblo ha comenzado a hablar, ¿sabe?, y en sus bocas se oyen palabras que hace tiempo que yo no escuchaba, como maldición, castigo divino y fin de los tiempos. Es para tener miedo, la verdad. En el ambiente se respira algo maléfico, y los vecinos del pueblo lo saben; apenas si salen de sus casas. Es como si buscaran la protección de algo invisible en la seguridad del hogar y el silencio.

»Algunos dicen que el origen de estas desgracias proviene del cometa que nos visita durante estas noches. Antiguamente, cuando aparecía en los cielos un astro de este tipo, se decía que había llegado la "escoba de las brujas". Mi abuelo me decía que un cometa es como una escoba, porque de vez en cuando hay que barrer el mal de nuestros corazones pecadores. Supongo que usted sabrá que esos cuerpos celestes siempre han estado asociados a leyendas de malos presagios: catástrofes naturales, epidemias, caída de reyes e imperios, augurios de cambio… ¿Lo ha visto después de la puesta de sol? La contemplación de su luz trémula, de tonalidad blanca lechosa, me produce escalofríos. Tanto es así, que tengo que apartar la mirada. No sé si será porque me voy acercando al fin de mis días, pero a veces tengo la sensación de que estos tiempos en que vivimos son singulares.

—Por curiosidad —le interrumpí—, ¿sabe usted a qué se dedicaban aquellos monjes?

El hombre se encogió de hombros.

—A lo que todo hombre que se ha entregado a Dios y ha decidido vivir en un monasterio: a la oración, a la vida contemplativa y a cultivar los frutos del Espíritu Santo.

»Aparte de esto, es de sobra conocido que estaban particularmente interesados en el conocimiento. Pero no en cualquier tipo de conocimiento, sino en la sabiduría que procede de arriba. Ansiaban descubrir la naturaleza auténtica del universo, ahondar en la personalidad de Dios a través del estudio de la Creación, y comprender Sus propósitos mediante lo que dejaron escrito otros hombres sabios de la antigüedad. Así que no es de extrañar que fueran tan buenos copistas. En pleno siglo XX hacían a mano muy buenas reproducciones de libros antiquísimos escritos en lenguas que ya no habla nadie. No exagero en absoluto si le dijera que allí dentro habría un millón de libros. Todos ellos permanecían guardados en la biblioteca bajo la celosa custodia de un feligrés. Sí, la biblioteca era enorme; el verdadero tesoro del monasterio. Era tan

apreciada por teólogos y estudiosos de lo sagrado, que muchos venían desde lejos para admirar sus obras.

—Y supongo que todo aquel conocimiento se perdió.

—Pues de eso no estoy tan seguro, porque oí decir que la biblioteca era la única parte del monasterio que estaba construida a prueba de incendios. Así que no me extrañaría nada que se haya recuperado algo. En sus inicios el edificio tenía un sótano a varios metros bajo tierra que se utilizaba para almacenar utillaje y trastos de todo tipo, pero poco después se habilitó para guardar los libros y documentos eclesiásticos. Recientemente lo habían reformado por motivos de seguridad, aunque no podría decirle hasta qué punto estaba protegido ni lo que había allí dentro. Si quiere saber más, lo mejor será que le pregunte a don Ignacio, el cura del pueblo. En caso de que algo se hubiera salvado, él tendría que saberlo.

Cuando el anciano se despidió de mí el astro rey ya se hundía en el horizonte, tiñendo de tonos rojizos las escasas nubes que se alargaban como jirones hasta perderse en la lejanía. Las primeras estrellas vespertinas hicieron su aparición, mientras se encendían algunas luces del pueblo.



Ilustración: Valeria Uccelli

Han pasado más de cinco horas y sigo en el mismo sitio. Desde el último habitante rezagado que observé meterse en su casa hace media hora no he vuelto a divisar a nadie por los alrededores. La oscuridad se cierne sobre el poblado, atrapado en las garras del sueño e ignorante de cualquier amenaza que pueda perturbarlo.

El cometa ya está muy bajo sobre el horizonte. Su brillo resulta espectral, semejante a la luz de un faro visto a través de un sudario de muerte. La forma alargada de su cola tiene la apariencia de una espada de hielo, apuntando siempre al sol a la espera de dar el golpe final.

La luz pálida e inerte de la luna me ilumina. Su disco plateado, inmenso e irreal, permanece suspendido en medio de un cielo despejado; parece un rostro que lo observa todo. Es una hermosa noche de primavera, con una mezcla embriagadora de olor a jazmín y a dama de noche que el aire transporta en oleadas desde los patios de las casas cercanas. Levanto la vista hacia la silueta recortada contra el firmamento de lo que queda del monasterio y, por un momento, pienso en lo efímera que es la vida.

Con decisión acerco mis manos a la fuente y lleno de agua la cavidad que formo con ellas. La miro, oscura y fría, y me doy cuenta de que se me hace difícil apartar la mirada; me atrae, misteriosa y cautivadora. Unas voces imperiosas parecen llegar hasta mí como si fueran montadas en los propios rayos del claro de luna, traspasándome el alma en un deseo arrebatador. Intento resistir la tentación, pues quiero prolongar todo lo posible el sabor de esa seducción cargada de erotismo. Vuelvo a observar con desmedido detenimiento el diminuto lago de agua sucia que contienen mis manos. Como si me estuviera haciendo señas con cada movimiento ondulante, de nuevo siento ese anhelo irresistible de tragar el elemento líquido. Sin embargo, esta vez mi fuerza interior no es lo suficientemente fuerte como para evitar el acto que de continuo reclama la atracción. Con el corazón palpitante y las glándulas salivares segregando a raudales, me dejo llevar; y en un acto compulsivo, bebo. Sí, bebo una y otra vez, sin pudor alguno, para a continuación llenarme de un infinito éxtasis necrófilo que culmina en intensos espasmos de placer.

A continuación me interno en un bosque próximo, dispuesto a pasar aquí mismo la noche, al amparo de las sombras. En este lugar me encuentro realmente a gusto, pues pocas cosas hay que me agraden tanto como tener a las estrellas como cobijo y a la hierba húmeda como lecho. Mientras mis ojos se cierran, aún puedo oír el ladrido lejano de unos perros que presienten la proximidad de algún peligro acechante.

Al día siguiente me dirijo hacia el pueblo con buen ánimo, y me aseo sin demasía en una fuente de agua clara. Más tarde me detengo frente a la puerta de una humilde casa y llamo. Un hombre de edad avanzada, con el vientre prominente, ojos risueños y cara de buena persona, abre la puerta. Muestro la misma sonrisa que, en soledad, he ensayado miles de veces frente al espejo.

—¿Elcura don Ignacio? —pregunto.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle, amigo?

Le hago saber, del mejor modo que me es posible, las razones que me han llevado hasta allí, pero para mí no son más que simples palabras memorizadas hace años y que ahora emanan de mi boca con la misma facilidad con la que saldrían de un papagayo. Ante él me presento como Ismael Gutiérrez, un historiador que realiza una investigación para una revista de antropología, y que desea recabar información sobre algunos libros proscritos por la Iglesia Católica durante la Edad Media; libros que posteriormente fueron copiados y custodiados por los monjes del monasterio español. También le doy a conocer, con palabras melosas, mi interés por tomar algunas notas de los volúmenes que hubieran sobrevivido a la quema. Cuando termino la perorata me sorprende la enorme dicha con que la diosa Fortuna me recompensa esta vez.

—Se perdió casi todo, señor Gutiérrez. Las altas temperaturas generadas durante el incendio acabaron con la práctica totalidad del tesoro literario que se hallaba en la biblioteca. Y eso a pesar de que se encontraba en el subsuelo. Sin embargo, se encontró una pequeña cámara de la que desconocíamos su existencia; era una sala especial, de apenas cinco metros cuadrados y reforzada en su interior con planchas de acero a modo de caja fuerte. En su interior se hallaron algunos libros, que felizmente no sufrieron ningún daño. Estoy a la espera de recibir instrucciones de mis superiores para ver qué hacer con ellos. Entretanto, los guardo en mi casa.

A continuación me hace pasar a su estudio, con el corazón latiéndome al ritmo de tambores de guerra. Y me muestra su colección; un conjunto de unos cincuenta tomos, todos ellos resguardados del polvo y apilados unos encimas de otros; es el modo correcto en el que deben almacenarse los códices de pergamino.

Una expresión de júbilo contenido se dibuja en mi rostro, ya que los títulos de aquellos libros son lo bastante elocuentes para un conocedor de los aspectos recónditos de la naturaleza. Todos ellos tratan de materias terribles y prohibidas, de las que el mundo apenas ha oído hablar, excepto a través de breves menciones en voz baja. Estos volúmenes son horribles compilaciones de secretos y fórmulas antiquísimas acumulados a lo largo de los siglos desde que el ser humano tomó conciencia de sí mismo.

Todos son enormes, forrados en piel, cosidos con hilo de seda e ilustrados con bellos colores. Se percibe la delicadeza y el esfuerzo que aquellos monjes imprimieron a su trabajo. Un bibliófilo hubiera dado una fortuna por cualquiera de ellos, sin embargo, mis ojos se dirigen a uno en

concreto; el resto no me interesa. Ante mí tengo nada más y nada menos que una copia fiel del infame Necronomicon, el más peligroso. Prohibida su posesión y lectura por el Papa Gregorio IX, cuatro siglos más tarde —en el año 1647— apareció en Toledo la última edición latina impresa, también conocida en los más reducidos círculos ocultistas como El Libro de los Árabes. No sobrevivieron al tiempo muchos ejemplares. Sin embargo, ocurre que la ciencia de aquello que debe quedar oculto para siempre coloca multitud de impedimentos para ser erradicada de la faz de la Tierra, abriéndose paso entre la muerte y el olvido. Una sucesión de casualidades insondables hizo que, mucho tiempo después, el texto impío fuera a parar a manos de unos curiosos religiosos de un humilde convento cisterciense del norte de España.

Ese libro negro es más que un simple libro: es un arma poderosísima, pues contiene palabras en latín que, pronunciadas por una persona entrenada, pueden excitar tempestades, provocar epidemias y alterar el curso de los astros. Pero además, es el único sobre la Tierra que contiene invocaciones precisas para someter la voluntad de los demonios; ante un iniciado en las artes oscuras éstos quedarían convertidos en meros servidores, simples marionetas en manos humanas y sumidos en un sueño eterno. Este descubrimiento no hace sino confirmar mis anteriores sospechas de que aquellos monjes no eran tan santos como la gente pensaba.

Su dueño esboza una tímida sonrisa con la intención de complacerme. El pobre desdichado no tiene ni la más remota idea de lo que tiene en su poder.

—Esto que ve aquí es todo lo que hallamos en la cámara secreta de la biblioteca. No cabe duda de que, por el lugar en el que permanecían, estos libros debieron de ser muy importantes para aquellos hombres. Lamentablemente, mi conocimiento del latín no es lo bastante amplio como para entender lo que dicen. El incendio fue un verdadero drama, tanto humano como espiritual.

—No me cabe ninguna duda —replico, mientras examino el grimorio con atención.

Poco después muestro un ligero gesto de satisfacción y cierro el grueso volumen. Me siento henchido de euforia, de furor y de una fuerza sobrehumana que parece inspirada por seres invisibles, con la que ni cincuenta hombres podrían competir.

Con la suprema satisfacción que me proporciona el deber cumplido, comienzo a hablar con palabras ebrias.

—Me pregunto si el destino está escrito en algún lugar. ¿En los astros,

quizás? ¿En un libro sagrado? ¿En la mente de algún ser sobrenatural? A lo mejor es cierto eso que dicen… que con su llegada el cometa se apodera de la voluntad de los hombres, trayendo consigo horrendas calamidades. La sombra del cometa… Así lo llaman. ¿Crees que el dios al que sirves sabía que esos hombres fieles morirían abrasados, al igual que los del monasterio de San Bernardo? ¡Ja! No puedes ni imaginar el placer que uno puede llegar a experimentar ante la belleza que se esconde tras el fuego. No me sorprende en absoluto que éste haya sido objeto de adoración en multitud de antiguas civilizaciones paganas. ¡Vamos, Ignacio!, no pongas esa cara. No hace demasiado tiempo que tu Santa Iglesia se aplicaba con esmero en purgar a la comunidad haciendo uso del fuego purificador sobre los infieles. Sin embargo, yo te digo que llegará el momento en que el paganismo se levantará de entre sus cenizas para dar comienzo a un nuevo día, y entonces el mundo brillará con esplendor como ya hiciera en los viejos tiempos. Pero la gente común aún ignora muchas cosas.

Ignacio da unos pasos hacia atrás, vacilante, impelido por el temor que le provocan mis palabras. Abre la boca para decir algo. El tono que imprime a su voz denota asombro y espanto al mismo tiempo.

—¿Quiéneres? ¿Qué haces aquí?

Y entonces, como si de repente hubiera comprendido un hecho terrible, de forma impulsiva se abalanza sobre el libro en un intento desesperado de arrancármelo de las manos.

—¡Dameese libro!

Pero ni siquiera llega a tocarlo. Con un movimiento veloz de mi mano, imposible de detener por un mortal, agarro la nuez del lacayo de Cristo y hundo mis cinco dedos en la garganta con la misma facilidad con la que se estruja la mantequilla. Después se oye un “crac” en el momento en que arranco todo el cartílago sangrante. El hombre mira al techo como si quisiera implorar a las alturas, pero sólo se oye un gemido ininteligible, ya que sus cuerdas vocales están en mi mano. Al instante cae al suelo, retorciéndose y dando boqueadas como un pescado atrapado en la red sobre la cubierta del barco. No sé si hay alguien más en la casa, pero no me importa. Salgo de allí sin ninguna prisa, no si antes darme a la voluptuosidad al revolcarme, cual perro callejero, sobre el cuerpo muerto del clérigo.

A continuación, sin detenerme en ningún momento, me encamino hacia el mundo que siempre está sombrío, donde el moho y la herrumbre florecen en abundancia, donde jamás se oye el trino de los pájaros, y donde el sol

no es más que un disco nebuloso que apenas tiene fuerza para arrojar luz. Ante mí se extiende un paisaje inmenso de aguas tenebrosas y rocas salitrosas bañadas en un verdor inmundo y ponzoñoso.

—¡Tú,hijo de Satanás, espíritu insaciable! ¿Qué es lo que me traes? —me preguntan al llegar a mi destino.

—Aquí tienes, padre. Mi labor de años ha concluido con éxito —y entrego el libro al Príncipe de las Tinieblas. Éste lo toma en sus manos y lo hojea con efusión.

—¿Estásseguro de que es el único que queda?

—Sí, estoy seguro —le contesto.

—Entonces supongo que ya estamos a salvo —sus pupilas brillan como brasas candentes. Su sonrisa delata felicidad, mientras pasa las páginas de aquel objeto tan temido. Nunca antes recuerdo haberlo visto tan entusiasmado.

Cuando su curiosidad parece haber quedado satisfecha, lo cierra de golpe. Después clava sus arrugados ojos en los míos:

—Has hecho un buen trabajo, Azazel. Sabía que podía confiar en ti cuando te encomendé esta delicada misión. Pero esta vez me aseguraré yo mismo de que arda entre las llamas; no quiero que haya más imprevistos. De hecho, supongo que habrás comprendido que siempre hay que asegurarse de todo.

—Así es —respondo con humildad, inclinando la cabeza.

Entonces, el amo del Infierno se aleja unos metros y se detiene frente a una chimenea natural que escupe un fuego inextinguible desde un abismo impenetrable.

—Vamos, ven aquí. ¿No quieres verlo con tus propios ojos? —me pregunta mi amo y señor.

Me acerco y, cuando estoy a su lado, arroja el tomo en el hueco del horno. Durante el escaso minuto que dura la combustión de esa obra de arte ninguno de nosotros dice o hace nada; sólo la contemplación silenciosa de esa escena tan esperada capta toda nuestra atención.

Poco después ya no quedan más que cenizas; cenizas de un libro muerto que revolotean sobre nuestras cabezas.

**José Antonio González Castro vive en Dos Hermanas, Sevilla, España. En este momento participa en dos talleres de escritura online;**

**además ha publicado algunos cuentos en diversas revistas electrónicas y alguna que otra en papel.**

**Ya ha participado en Axxón con el cuento EL LIBRO DEL HIEROFANTE.**

**Este cuento se vincula temáticamente con EL COLOR QUE CAYÓ DEL CIELO y LA LLAMADA DE CTHULHU, cuentos clásicos de H.P. Lovecraft, y STATUS QUO, de Marcelo Dos Santos.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor europeo (Cuentos: Fantástico : Terror : Universo de autor clásico : España : Español).

# El más grande truco del Gran Cavalini


## Daniel González Chaves

COSTA RICA


Decía el rumor que Napoleón Cavalini era el más grande mago de todos los tiempos (aún más que el famoso Hardin, su predecesor). Sin duda, su fama era legendaria y en mi calidad de periodista de la historia del espectáculo decidí investigar sobre el misterioso personaje sin saber que existen secretos que es mejor no desenterrar.

El viejo Teatro La Mascarada era un edificio casi reducido a escombros, derruido y en unas condiciones paupérrimas y lastimeras, pero que parecía aún preservar algo de su antigua gloria del pasado. Como era natural, se suponía que estaba embrujado y se reportaban toda clase de apariciones, ruidos inexplicables y fenómenos paranormales por parte del personal, los artistas y visitantes del local a través de las décadas.

La edificación iba a ser demolida en treinta días y ya casi todo en su interior había sido trasladado a otros lugares. Miles de dólares invirtieron los coleccionistas que querían adquirir muchas de las invaluables reliquias pertenecientes a las insignes figuras que alguna vez se presentaron en dicho teatro y de las cuales, el Gran Cavalini fue una de las luminarias más importantes.

Claro que su verdadero nombre no era Napoleón Cavalini sino Moisés Abrahamovich pero, por atinados motivos escénicos, lo modificó y poco a poco comenzó a ganarse una reputación emblemática como mago ilusionista a principios del siglo XX. En el interior del viejo edificio de aspecto lóbrego y sombrío me atendió la anciana gitana Radula quien trabajó como bedel del teatro por muchísimos años, y ahora que éste iba a ser destruido emigraría hacia su natal Rumania a pasar sus últimos años con su familia. Pero antes aceptó relatarme los secretos crípticos de una de las más destacadas figuras de la prestidigitación.

—Sí —me decía con fuerte acento rumano—, conocí al viejo Cavalini. Fue el más ambicioso sujeto que he conocido.

Radula dormía en los camerinos que aún mostraban algo del mobiliario

que sobrevivió al saqueo de entusiastas coleccionistas. Su cama, sobre el suelo, estaba al lado de uno de los tocadores cuyo espejo estaba enmarcado con estereotípicas bombillas. Allí se sentó la cíngara a relatarme su historia y señaló hacia un enorme afiche pegado en la pared. Era una vieja valla publicitaria que mostraba la foto de Napoleón Cavalini y su bella asistente, preparados para realizar el clásico truco de la tortura de agua china.

Cavalini era un tipo que vestía todo de negro, con sombrero de copa, pelo largo rizado y una gruesa barba que, según me indicó Radula luego, era falsa. Su nariz era alargada y su cuerpo de aspecto algo regordete y patizambo. Su asistente, en cambio, era una bellísima mujer de cuerpo esbelto, largos cabellos rubios ondulados y ojos azules, que vestía un provocativo traje típico, escotado y con una minifalda de encaje, y cuya espléndida belleza debía ser uno de los principales ganchos del espectáculo.

—¿Cómolograba Cavalini realizar sus asombrosos trucos? —consulté—. Que aún hoy muchos no logran explicar.

—Ciertamente, no es lo que la gente piensa…

Mediante la pintoresca descripción de Radula pude casi transportarme a aquella época en la que recién comenzaba el siglo pasado. Vehículos automotores de principios de siglo y carruajes tirados por caballos todavía desfilaban por las calles sin pavimentar que rodeaban el insigne teatro. Multitudes de hombres y mujeres de la época, engalanados, se aproximaban a la taquilla para adquirir las entradas para un inolvidable show de burlesque que incluía los trucos mágicos.

Claro que Cavalini no siempre había sido tan famoso: él y su asistente, llamada Alda, se habían dedicado por muchas temporadas a batallar por oportunidades en teatros prestigiosos. Pero habían acumulado una buena reputación trabajando en teatros pobres, burdeles, cantinas y otros antros de mala muerte.

En una ocasión, Cavalini y Alda hicieron una demostración para el dueño del Teatro Luxor en la Avenida Central. El sujeto, que se llamaba Felipe Goziaga y era calvo y con sobrepeso, se sentó entre las bancas del escenario para contemplar la muestra.

—¡Bienvenidos,damas y caballeros! —anunció Cavalini, aunque el teatro estaba vacío salvo por Goziaga— ¡Ante ustedes se materializará la magia

más pura del Universo! ¡Preparen sus sentidos para ser testigos de las maravillas y los milagros del Cosmos! Ahora, le pido a mi hermosa asistente que por favor se coloque debajo de esta ganzúa.

Alda, que tenía las manos encadenadas, obedeció y pronto, por orden de Cavalini a los tramoyistas, fue elevada sobre el escenario y colocada encima de un aro circular al que Cavalini encendió convirtiéndolo en un anillo de fuego. Tras hacer unas cuantas elucubraciones mágicas puramente simbólicas, gritó "¡Abracadabra!" y los tramoyistas soltaron a la muchacha que cayó dentro del círculo. Al mismo tiempo, un juego de humo y chispas obstruyó la vista del espectador y la muchacha pareció desvanecerse en el aire al caer dentro del círculo.

Goziaga bostezó.

Cavalini intentó un nuevo truco, también clásico, en el cual colocaba a Alda dentro de una especie de rueca giratoria. Mientras la muchacha giraba a velocidades vertiginosas se encargó de lanzarle flechas que aparentaban atravesar la rueca dejando a su asistente intacta. Goziaga continuaba sin mostrarse entusiasmado.

Entonces Cavalini intentó su, hasta ese momento, mejor truco. Introdujo a la joven en un ataúd y, tras una serie de aspavientos supuestamente esotéricos, cruzó la estructura con afiladas espadas en forma de equis y luego introdujo una quinta espada en la parte superior, haciendo al ataúd inhabitable, pero, tras unos cuantos movimientos más, removió las espadas, abrió la caja y la asistente emergió ilesa.

Tras esto, Cavalini y Alda hicieron una reverencia para su público unipersonal, y luego se reunieron con Goziaga en su despacho…

—Pues en efecto suena a que hacían trucos muy conocidos —interrumpí la narración de Radula— pero aún así se escuchan impresionantes.

—Todos los trucos descansaban en las capacidades físicas y atléticas de Alda —me explicó la anciana—, de no ser por ella no eran posibles. Ella y Cavalini ensayaban por horas y los ensayos eran muy peligrosos. En una ocasión la rueca giratoria se soltó del mecanismo central y Alda cayó al suelo, quebrándose un brazo y una costilla. Cuando era suspendida en el aire y soltada sobre el aro de fuego (la desaparición era simulada por un espejo) ella debía caer en el interior del círculo incandescente a riesgo de quemarse si el tramoyista no la suspendía con exactitud milimétrica, o de estrellarse contra el suelo. En realidad había una puerta bajo el círculo

encendido, como expliqué, cubierta por un espejo, y ella podía caer sobre un colchón pero requería de gran capacidad física para no golpearse.

»Pero, hasta ese momento, el truco más peligroso era el de la caja y las espadas. Ella se acurrucaba como una contorsionista en un espacio minúsculo y debía dejar que las espadas pasaran casi rozándola. Durante los ensayos sufrió varias cortaduras.

—¿Yqué dijo Goziaga?

—Lo siento mucho —les anunció Goziaga en su despacho— pero no veo que usted aporte nada nuevo al espectáculo, señor Cavalini.

—¿Nada nuevo? —respondió el mago, ofendido— ¡pero si estos trucos son muy talentosos y difíciles de hacer.

—La gente necesita más que trucos ordinarios de carnaval. Este teatro requiere de verdaderas ilusiones espectaculares y me temo que es usted un advenedizo. No puedo arriesgarme realmente a darles una oportunidad profesional en esas condiciones.

—¡Piénselo bien, por favor, señor Goziaga! —suplicó Cavalini—. Le prometo que nos esforzaremos en hacer cosas aún más complicadas y riesgosas…

—No tengo nada que pensar…

Cavalini guardó silencio un tiempo y luego dijo:

—Tal vez mi asistente Alda pueda… convencerlo mejor que yo, en privado.

Alda observó a Goziaga sonriente y seductoramente y el productor se reclinó en su asiento y se acarició la barbilla, pensativo.

—Los dejo a solas… —anunció Cavalini, esperanzado, y dejó el despacho.

—Poco después de eso —explicó la anciana— Goziaga los contrató. Sin embargo, Cavalini y Alda comenzaron a planear nuevos trucos con intrincados mecanismos de ingeniería.

»Y en efecto, las nuevas funciones de Cavalini eran tremendamente elaboradas. Tenían un truco en el cual Cavalini encadenaba a Alda de pies

a cabeza y la sumergía en agua helada para después hacer desaparecer el tanque, en otro la introducía en una jaula como de pájaro que luego cubría con una sábana negra y, al retirar la sábana, se convertía en media docena de palomas, y en otro truco la hacía levitar dentro de un cofre dorado.

»Pero el truco más impresionante era el que hacían al final, si bien era uno muy trillado: la mujer aserrada.

»Cavalini colocaba a Alda maniatada y amordazada dentro del típico cajón rectangular y le pasaba una sierra por el vientre. La joven empezaba a gritar y gemir desesperadamente, para horror de la audiencia, y la sangre comenzaba a brotar de entre las rendijas del cajón. Las espectadoras solían gritar y cubrirse el rostro, y más de un heroico sujeto le ordenaba al mago que parara. Cavalini, con rostro sádico, separaba los dos pedazos del cajón mostrando lo que parecía ser un cuerpo cercenado y luego lo volvía a cerrar y, tras algunos movimientos de su varita mágica y una serie de efectos luminosos producidos por bobinas eléctricas, abría el cajón y de él emergía Alda, tan bella como siempre.

—Suena realmente increíble —le dije—, ¿está segura de que era así?

—Vi el truco por primera vez a los seis años —me explicó— cuando mi padre trabajaba como tramoyista en el Teatro Luxor y nunca podré olvidarlo. Observé la traumática imagen desde bastidores y pude escuchar la sierra cortando carne, tendones, músculos y huesos.

»Similares versiones hacían de la caja con espadas y del aro de fuego, en todos los casos, Alda estaba atada y amordazada y fingía resistirse. En el caso de la caja con espadas también se veía la sangre brotar, mientras que en el aro de fuego, una vez que la dejaban caer, desaparecía de la vista y poco después reaparecía en un palco o a espaldas del público en cuestión de segundos.

—Pero era un truco… ¿Qué pasó después? ¿Se le abrieron nuevas oportunidades a Cavalini?

—Él se encargó de hacerlo de la misma forma que hizo con Goziaga; usando el cuerpo de Alda. Prácticamente la utilizó con todos los dueños de teatros y empresarios artísticos de la región. Lo que ellos no sabían era que Alda era la verdadera genio detrás de todo. Era ella la que diseñaba todos los sistemas mecánicos utilizados en las ilusiones y fue ella la que pasó noches en vela estudiando libros de ingeniería; el cofre volador, la jaula de las palomas, el tanque de agua que desaparecía, todos esos trucos

eran producto del ingenio de ella.

—Pero no entiendo. Si Alda era la que diseñaba los trucos mecánicos, la que soportaba todo el esfuerzo físico en los espectáculos y la que se acostaba con los productores por oportunidades laborales, ¿para qué necesitaba a Cavalini?

—En esa época no se había escuchado hablar nunca de una mujer maga. Sin un hombre a su lado que fuera la cara visible, Alda no podía sacar fruto de su belleza, inteligencia y de su condición física. Si Alda quería ser millonaria debía sacrificarse y permitir que Cavalini se llevara todo el crédito.

—Entiendo. ¿Qué pasó después?

Cavalini se hizo, efectivamente, famoso. Su reputación se extendió por todo el país e incluso pasó a ser internacional, realizando giras regionales. Aunque acumuló una pequeña fortuna, continuó siendo ambicioso.

Todos sabían que él y Alda eran amantes. La misma Radula en alguna ocasión espió por los agujeros del camerino y los observó haciendo el amor. Una conocida broma entre los tramoyistas era que las esposas que Cavalini le colocaba a Alda durante el truco del tanque de agua tenían otro uso más erótico en las noches. Sin embargo, la fortuna hizo que Cavalini tuviera otras muchas amantes, entre ellas la famosa vedette Bridgitte de la Garza, la hermosa cantante de ópera rusa Olga Oskaya, la cantante de música popular Eduardina Centeno y la hija del embajador estadounidense Gillian Watson, entre otras.

Esto por mencionar sólo a las amantes de alta sociedad de Cavalini, quien solía divertirse de lo lindo con cuanta bailarina, desnudista y prostituta lograba caer en sus manos.

La fama de Cavalini continuó en meteórico ascenso. Tras sus giras internacionales realizó tres presentaciones exclusivas en el prestigioso Teatro Tortós, uno de los más elegantes y célebres teatros de la época, que luego sería rebautizado con el nombre de un famoso tenor. Las localidades se agotaron rápidamente…

Debido a esta fama y a la necesidad de innovar, Cavalini anunció que realizaría el más grande de todos los trucos en la historia de la magia.

Una audiencia multitudinaria como pocas veces se había visto colmó el Teatro La Mascarada la noche en que Cavalini realizaría su gran truco. Se dice que no cabían en el interior del local.

—Damas y caballeros —anunció el ilusionista, emergiendo de entre las más absolutas sombras hasta donde la candileja emitía algo de iluminación—, lo que voy a mostrarles hoy es quizás el más dramático truco mágico que alguna vez se haya intentado. Lo aprendí del ya épico mago Hardin, quien a su vez lo aprendió de un hechicero chino llamado Shuan-Qui, quien a su vez lo aprendió de un alquimista tibetano cuyo nombre se ha perdido en la historia. Lo que verán hoy es magia pura. No es un truco. No es una ilusión. ¡Es genuina y auténtica magia!

»Es por eso que les pido guardar absoluto silencio, ya que lo que van a contemplar se mete con fuerzas poderosas y sobrenaturales muy, muy peligrosas.

Dicho esto y generando un profundo temor en las personas, el ilusionista se preparó para su truco. El proyector iluminó una estructura misteriosa ubicada en la parte central del escenario, conformada por una cámara metálica del tamaño de un refrigerador moderno, con extraños grabados esotéricos, y flanqueada por dos enormes bobinas de Tesla.



Ilustración: Laura Paggi

En cuanto Cavalini realizó los aspavientos adecuados, los transformadores electromagnéticos comenzaron a generar una fuerte corriente eléctrica plateada que convergía en el medio de la gigantesca cámara. Y, como era costumbre, dentro estaba encadenada y amordazada una reticente Alda.

Realizando nuevas gesticulaciones supuestamente mágicas, Cavalini se


giró frente al público a la derecha del arca y dijo:

—¡Abracadabra!

Y los chispazos eléctricos invadieron toda la estructura. Alda profirió ensordecedores gemidos y comenzó a desvanecerse gradualmente, volviéndose transparente como un ente fantasmal, mientras mostraba agónicas contorsiones hasta que, finalmente, desapareció sin dejar rastro alguno frente a las miradas atónitas de los espectadores.

—¿Y regresó? —pregunté.

—Sí. Después de que el público tuviera algunos instantes de asombro, la maquinaria se accionó de nuevo y de entre los rayos eléctricos volvió a surgir la hermosa Alda, intacta e incluso sonriente, para recibir los aplausos en los que estalló la gente.

—¡Naturalmente! ¿Y cómo funcionaba el truco?

—Su funcionamiento desentraña el peor de los secretos. Quizás no debería contárselo, pero la verdad es que estoy vieja y me quedan pocos años de vida y creo que es hora de que alguien lo sepa.

Radula era tan sólo una niña cuando, mientras jugueteaba entre los telones, escuchó a la pareja pelearse en sus camerinos, así que se dirigió rápidamente a espiar a través de una ranura en la pared.

—¡… no puedes hacer esto! —clamaba Alda— ¡No después de todo lo que he hecho! Cada vez que resulté herida fue por culpa de tu incompetencia y porque no hiciste bien las cosas…

—¡Sabías bien que habría muchos sacrificios! —le recordó, enfurecido, Cavalini.

—Sí, claro, como si tú te sacrificaras mucho, recuerdo que era yo la que tenía que sacrificarse en la cama de los empresarios y no tú.

—Según me parece, yo era un simple malabarista sin interés en la magia hasta que me convenciste de ser tu títere. Claro, fui el único que aceptó las condiciones tan terribles que implicaba el trato. Pocos tendrían estómago para hacer lo que hacemos. Pero ya has envejecido un poco y tu atractivo ha disminuido; lo siento, pero ya te reemplacé por otra asistente.

—¡Hijo de perra! ¡Maldito! —le reclamó, con lágrimas en los ojos e invadida por una furia histérica— ¡Traidor! ¡No lo permitiré!

Justo entonces Alda se le abalanzó con ansias homicidas, pero Cavalini reaccionó rápidamente y la golpeó con fuerza. Su puñetazo hizo que la mujer cayera sobre el cajón rectangular usado en el truco de la mujer aserrada sobre el cual descansaba la afilada sierra. Alda cayó al suelo junto con el cajón y la sierra, que le rebanó el cuello, matándola.

Cavalini llenó el cuerpo de Alda de licor, introduciéndole algo por la boca, y a la mañana siguiente todos supusieron que simplemente se había emborrachado y tropezado, dándose muerte accidentalmente. Claro que Radula sabía la verdad, pero no diría nada.

—¡Qué horror! —lamenté— y qué injusto. Pero no me ha dicho cómo funcionaba el truco.

—Ah, eso lo supe algunos días después…

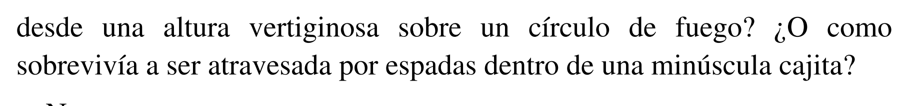
Ya Cavalini comenzaba a ensayar los trucos con su nueva asistente, una chica tremendamente atractiva, pelirroja y mucho más joven que Alda en el momento de su muerte.

La pequeña Radula se encontraba jugando con los conejos que guardaban en el camerino para realizar trucos clásicos. Cuando escuchó las voces de Cavalini y su nueva asistente buscó un escondite dentro de la caja de las espadas junto a uno de los tiernos conejos perfectamente blancos, y desde allí escuchó todo lo sucedido.

—Ven, ven, primor —le decía, zalamero, el ilusionista a la pelirroja—, te mostraré el verdadero secreto de la magia, pero recuerda que debes ser absolutamente hermética respecto a esto.

—¿Qué significa hermética?

—¡Que guardes silencio! Tu predecesora era una mujer brillante e ingeniosa. Ella diseñó casi todos los mecanismos que usábamos en los trucos. Pero, ciertamente, su más grande invento fue éste. —Le mostró la extraña estructura con la cámara rectangular y las dos bobinas de Tesla—. ¿Sabes cómo lográbamos hacer la ilusión de que la aserraba en dos con todo el mórbido efecto de sonido y sangre? ¿O cómo sobrevivía a la caída


desde una altura vertiginosa sobre un círculo de fuego? ¿O como sobrevivía a ser atravesada por espadas dentro de una minúscula cajita?

—No.

—¿Sabes lo que es un universo paralelo?

—No.

—Pues yo tampoco lo sabía hasta que Alda, que en paz descanse, me lo explicó. Cada vez que tomamos una decisión hay dos alternativas. Pues, según algunos científicos, ambas alternativas se cumplen pero en dimensiones diferentes.

—No entiendo.

—Es muy sencillo —bufó, frustrado—. ¿Por qué crees que te contraté como asistente?

—Porque dormí contigo.

—Sí, pero había otras muchas que también lo hubieran hecho. Hay algún universo donde contraté a la oriental de pelo negro en vez de a ti.

—¿En serio?

—Sí. Es un concepto revolucionario y nuevo que apenas están investigando. De alguna manera, Alda descubrió la forma de atraer gente de un universo paralelo a otro. Con sólo accionar esta máquina la persona que se encuentre en medio de las dos bobinas desaparece. La verdad es que la cámara con los símbolos grabados no sirve para nada: el verdadero motor del aparato es éste. - Le mostró un extraño objeto mecánico que asemejaba un radiador mezclado con una radio y un fonógrafo, de hecho, tenía dos tubos, muchos bulbos brillantes y una especie de primitiva antena de radar—. Bastaba con que Alda se colocara en medio de los dos generadores y que se accionara el motor para que ella desapareciera y en su lugar llegara una doble idéntica de otra dimensión. Era esta doble la que era suspendida sobre el aro de fuego y luego dejada caer a su muerte, o era introducida en la caja y atravesada por espadas, o la que era aserrada viva. Luego, yo accionaba de nuevo la máquina, y la Alda de este universo regresaba, naturalmente ilesa.

—¡Qué horrible!

—Sí, al principio pensé lo mismo, pero uno se acostumbra.

—Pero aún así, suena espantoso… ¡Con razón Alda siempre aparecía atada y amordazada al ser introducida al truco!

—Correcto. Claro, no lo hacíamos durante los ensayos ni durante los trucos más sencillos. Ella tenía un verdadero talento para la magia. Ahora

es momento de que probemos la máquina contigo.

La muchacha estaba recelosa, como era lógico, pero la gran cantidad de dinero que auguraba ser la asistente de Cavalini la terminó por convencer. Cavalini la encadenó a la cámara rectangular y accionó el dispositivo interdimensional.

Justo entonces, una grabación con la voz de Alda fue emitida por el aparato:

—Si estás escuchando esto es porque he muerto, y sin duda, por tu mano. Siempre sospeché que me traicionarías. ¡Pero bueno! Debo advertirte que el uso de mi máquina no es tan sencillo. Cada noche mi persona ingresaba un código de acceso (que sólo yo conozco) a la terminal del sistema, el cual modulaba la cantidad exacta de energía necesaria para hacer la transferencia entre universos. Si ese código no es introducido diariamente, el sistema está programado para tener un efecto bastante devastador. ¡Tranquilo! No va a explotar. Matarte sería demasiado sencillo. Verás, hay diferentes dimensiones y una alteración en la composición molecular del cuerpo te permite trasladarte entre ellas pero, si dicha adecuación en la vibración no se hace con exactitud absoluta… bueno… el cuerpo afectado quedaría atrapado entre dimensiones por siempre.

»Creo que ése sería, sin duda, el más irónico castigo para ti. Jamás podrás disfrutar de la fortuna y la reputación que acumulé yo con mi esfuerzo. Quizás yo esté descansando en paz, quizás no, pero sin duda, tú nunca lo harás…

Y luego se escuchó una tétrica risa seguida de una explosión de energía electromagnética que cubrió todo el ambiente aledaño a la máquina. Radula se encogió, asustada y temerosa, y abrazó al conejo.

Cuando abrió los ojos de nuevo y enfocó la mirada hacia donde se situaban el mago y su nueva asistente notó que ahora eran muy diferentes. Se habían transformado en figuras fantasmagóricas e insustanciales a través de las cuales pasaban la luz y los objetos sin problemas. La muchacha —condenada fatídicamente al mismo suplicio que Cavalini— ya no estaba encadenada pues su cuerpo atravesaba el metal, y ambos se encontraban discutiendo aterrados, aunque no podía escucharse ningún sonido salir de sus bocas. Radula los observó atónita y, cuando notaron su presencia, intentaron vanamente hablarle y tocarla, pero la niña no escuchó ni sintió nada; sólo veía a dos espectros translúcidos.

Aterrada, Radula escapó de allí a toda velocidad, con todo y conejo.

—¡Ay,por favor! —desdeñé, incrédulo— ¿No esperará que le crea esa historia?

—Por eso es que dicen que este teatro está embrujado y se pueden ver los fantasmas de Cavalini y su asistente pelirroja. Pero yo sé que no son fantasmas porque no están muertos realmente… Bueno… aunque no sé si pueda decirse que están vivos. Me pregunto qué será de ellos ahora que destruyan el teatro.

—¿Y la máquina de Alda?

—Uno de tantos coleccionistas la compró.

—Disculpe que sea escéptico hacia esta historia.

—Bueno, si no me cree, puede quedarse a dormir aquí solo en el teatro esta noche —dijo, saliendo de los camerinos y apagando la luz tras ella, dejándome en absolutas tinieblas. Justo entonces me pareció percibir alguna presencia etérea que me observaba. Era como una sombra enloquecedora que merodeaba condenada a un limbo eterno…

Tragué saliva, me limpié el sudor de la frente, y decliné la invitación de Radula de permanecer allí más tiempo.

La verdad, prefiero no develar ciertos misterios.

**Daniel González es un escritor profesional costarricense, especializado —pero no limitado— en terror. Su primera novela, publicada por la editorial de una de las universidad estatales de su país pertenece a este género. Ha publicado algunos cuentos, incluyendo uno de fantasía épica en una revista de cómics costarricense, pero también tiene diversos proyectos literarios en el campo de la ciencia ficción. Ha escrito tres sagas de horror-sci fi: *Criptozooides*, *La saga de Caribdis* y *Crononautas*.**

**Este es su primer cuento publicado en Axxón.**

**Este cuento se vincula temáticamente con ADIVINA, ADIVINANZA, de José Carlos Canalda; PARADOJA, de Elaine Vilar Madruga y ÚLTIMO ACTO, de Julio Carabelli.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Universos paralelos : Magia, espectáculo : Costa Rica : Costarricense).

# Igual que en la tele

## Gustavo Bondoni

ARGENTINA

El sonido inconfundible de madera astillándose selló su destino.

Donald sabía que estaba atrapado. La policía no iba a tardar mucho más en tirar abajo su puerta. Su única esperanza era terminar de programar la máquina. Un solo error le costaría una vida en la cárcel.

Muy concentrado, casi ni se percató de que la puerta era derribada. Una sola instrucción más. Bien, ya estaba. Se paró. Ahora, si sólo pudiera…

El peso de dos policías corpulentos lo tiró al suelo. Estaba consciente de que si trataba de resistirse sólo iba a empeorar su situación, ya que el único ejercicio al que estaba acostumbrado era la caminata desde su casa a su laboratorio. Sometiéndose sin luchar, permitió que lo esposaran y se lo llevaran. Ya no quedaba nada por hacer más que rezar para que las cosas salieran bien.

Lyons miró ansioso al primer testigo. Le habían confiado este juicio, el primero para él, porque a priori parecía que era pan comido, una oportunidad ideal para demostrar que merecía su ascenso reciente a la posición de asistente del Fiscal de Distrito. Todos los implicados habían confesado, esperando que las autoridades redujeran sus sentencias. Todos, excepto Donald Healey.

Montañas de evidencia documentada, así como todos los dedos acusadores apuntaban directamente a Healey. Sin embargo, él insistía terminantemente en que iba a probar su inocencia.

En la opinión profesional de Lyons, la causa de Healey era desesperante, lo que ponía al fiscal en una posición en la que era imposible ganar. Si lograba la convicción que esperaba, todos dirían que era por la naturaleza

simple del caso. Pero si las cosas salían mal…

Decidió avanzar de una buena vez.

—Doctor Ferdinand —dijo—, me gustaría comenzar por establecer sus credenciales para el beneficio del jurado. ¿Es cierto que usted es el jefe de investigación neurológica en el Hospital Militar Warrenfount?

—Es correcto. —A diferencia del fiscal, el Dr. Ferdinand parecía estar completamente relajado en el corral de los testigos. Estaba acostumbrado a ser llamado como deponente experto en lugares tan dispares como cortes de ley y agencias de publicidad, así que claramente no había nada nuevo o excitante en este caso. Hasta los aspectos que interesaban a los medios de comunicación se habían diluido luego de las confesiones y el dictado de sentencias reducidas. Este juicio en particular sólo era una cuestión de atar cabos. Parecía que estaba haciendo un esfuerzo por disimular su aburrimiento por todo el proceso.

—En su opinión experta —continuó Lyons—, ¿diría que es posible influenciar artificialmente los procesos de pensamiento de un ser humano?

—Creo que esto ha sido bien documentado por los medios de comunicación a lo largo de las últimas semanas. Sé que yo he atestiguado más veces que las que puedo contar.

—Entiendo que usted es un hombre ocupado, doctor, pero, por favor, téngame paciencia. Con un poco de suerte, éste será su último testimonio acerca del tema.

—¡Eso espero!

—Así que si fuera tan amable de responder la pregunta…

El doctor Ferdinand suspiró.

—Sí. En mi opnión profesional, no sólo es posible, sino que se ha logrado —respondió.

—¿Cómo se haría una cosa así?

—Me gustaría decir que se haría con aquella máquina que está allá —dijo el doctor, señalando con el dedo un elemento de la evidencia exhibida— pero supongo que me pediría una explicación más detallada, así que ahí va.

Miró al jurado antes de comenzar. Lyons recibió la impresión de que estaba tratando de juzgar qué tan técnica debía ser la explicación. No parecía estar muy impresionado por lo que vio.

—Para simplificar un tema complejo —comenzó— los pensamientos y emociones humanas son generados por procesos químicos y eléctricos.

Pulsos eléctricos fluyen a través del cerebro y afectan otros pulsos y también la actividad química. Es por eso que podemos usar sensores para monitorear la actividad mental. Lo que estamos midiendo, en realidad, son la frecuencia y la intensidad de los pulsos eléctricos dentro del cerebro. Localizando esta actividad, podemos inferir cuáles son los sectores del cerebro que están asociados a diferentes estímulos.

El doctor miró a su alrededor y pareció darse cuenta de que su explicación se había vuelto demasiado técnica para la mayoría del jurado.

—Lo que quiero decir es que podemos visualizar qué parte del cerebro está más activa cuando uno se siente feliz, o triste, o enojado. Podemos establecer exactemente qué relación tiene cada una de estas actividades con los pulsos eléctricos dentro del cerebro. ¿Estoy siendo claro?

Esto último fue dirigido a Lyons.

—Clarísimo —respondió—. Mi próxima pregunta es: ¿cómo está ligado esto a la posibilidad de modificar lo que la gente piensa o siente?

—En realidad es bastante simple. Como dije, toda emoción o pensamiento depende del movimiento de corrientes eléctricas dentro del cerebro. De esto se desprende que cualquier modificación de estos pulsos resultaría en un cambio de los procesos de pensamiento o emociones de la persona en cuestión. Como dije, eso es lo que aquella máquina puede lograr.

—Antes de detenernos en la máquina misma, me gustaría entender un poquito más acerca de la posibilidad de modificar los pensamientos de los individuos. ¿Es fácil de lograr? —preguntó Lyons.

—Bueno…—comenzó el doctor Ferdinand. A esto le siguió una pequeña pausa.—. Depende de lo que quiera decir con ‘fácil’. Hemos estado usando drogas como el litio y otras más modernas, para modificar las emociones durante décadas. Lo que estamos discutiendo aquí, sin embargo, es más difícil.

—¿De qué manera?

—Para modificar la actividad eléctrica, uno tendría que afectar el pulso dentro de los caminos neurales. Esto es difícil de lograr, ya que habría que usar un campo magnético poderoso para afectar la dirección de la descarga eléctrica. Es casi imposible identificar un pulso individual. Y aun si lo puede hacer, no se puede lograr un resultado específico, sino sólo un ataque disruptivo.

—¿Y eso es lo que hace la máquina?

El doctor Ferdinand negó con la cabeza, con una mueca de asombro.

—No. Esta máquina no sólo identifica el camino neural correcto, sino que logra guiar pulsos múltiples de una manera tal que logra el efecto deseado. Es fantástico. Aun si ignoramos el hecho de que los datos publicados al respecto no están lo suficientemente completos para predecir el efecto de una modificación de este grado de precisión, el poder computacional necesario para el control de los campos magnéticos sería increíble.

—¿Podría explicarlo con mayor detalle?

—Por favor, tenga en cuenta que esta pregunta no está, estrictamente, dentro de mi área de mayor conocimiento —dijo el doctor Ferdinand.

—Lo tendremos en cuenta.

—Bueno, entonces. Por lo que yo entiendo del tema, los campos magnéticos deberían tener una cierta intensidad y orientación en un punto específico de tamaño microscópico. Este punto se tendría que mover en tándem con la cabeza del sujeto y el progreso del pulso mismo. Para generar el punto, la máquina tendría que generar tres campos magnéticos que interactúen precisamente en el lugar, cuya suma generaría el efecto deseado sin tener un efecto secundario sobre los caminos neurales adyacentes.

—¿Y esto es lo que hace la máquina?

—La máquina hace esto con miles de pulsos de manera simultánea en condiciones mucho menos favorables que las de un laboratorio. Como dije antes, es increíble. —El doctor hizo otra mueca de incredulidad—. Mataría por tener una de ésas en el hospital.

—¿Y qué haría con ella?

—Estudiaría su efecto y arrastraría el conocimiento humano de la actividad cerebral doscientos años hacia el futuro. Estudiaría cómo las distintas funciones crean distintas reacciones en la gente. Y después, construiría un millón de copias.

—¿Para qué?

—Las usaría para dominar el mundo.

—Buen día, señor Dreyfus —dijo Lyons.

—Buen día.

Dreyfus ciertamente no parecía estar cómodo con los acontecimientos.

Sabía que la sentencia extremadamente reducida que había recibido, y especialmente la corta estadía en la cárcel, no se debían a que era inocente sino que respondían solamente a haber podido pagar a un abogado carísimo y a su gran colaboración con las autoridades. Además, estaba consciente de que su cooperación en el juicio era una de las condiciones impuestas para que continuara en el estado de gracia relativo del que gozaba.

Las gotas de transpiración en la cabeza calva de Dreyfus eran toda la evidencia que Lyons necesitaba para saber que aquellas consideraciones estaban en la mente del testigo en todo momento. Lyons esperaba que fuera muy cooperativo.

—¿Es correcto afirmar que usted era el presidente de la compañía Amplex hasta diciembre del año pasado? —preguntó.

—Sí, así es.

—Y, además, ¿es cierto que usted fue responsable de la decisión de usar el invento del señor Donald Healey para manipular a los consumidores e inducirlos a comprar sus productos?

—Lo es.

—¿Podría decirnos — continuó Lyons— cómo ocurrió esto? ¿Estaba colaborando con el señor Healey? ¿O su compañía ordenó su producto y él lo diseñó siguiendo sus especificaciones?

—En realidad, ninguna de las dos opciones. Yo no conocí al señor Healey hasta que el proyecto estuvo bastante avanzado. Él ofreció el uso de su máquina a un par de pasantes en Marketing. Al principio pensaron que estaba loco, pero luego de una serie de demostraciones que, me dicen, fueron bastante espectaculares, finalmente le creyeron. Desde ahí, el proyecto llegó a mi escritorio bastante rápido. ¡Se podrá imaginar que nadie quería hacerse responsable por él! —Dreyfus se rió con ironía y sacudió la cabeza—. ¡Gente inteligente!

—¿Así que su compañía no ordenó que se construyera la máquina?

—No. Ni siquiera sabíamos que una cosa así podía existir. Y yo probablemente no la hubiera aprobado si no fuera porque estábamos al borde de la quiebra. Sentía una responsabilidad hacia los accionistas, y aunque lo que hacíamos podía ser de mal gusto, pensábamos que no era exactamente ilegal.

Lyons lo miró críticamente.

—Un jurado de sus pares pensó lo contrario —dijo.

Lyons permitió que el silencio se extendiera unos momentos, sólo por su efecto dramático. Estaba empezando a disfrutar el interrogar a los testigos y éste era, después de todo, su testigo estrella.

—¿Qué esperaban ganar con el proyecto? —preguntó.

—Bueno, como usted puede saber, Amplex comercializa un rango de aparatos electrónicos personales. Usted sabe de los que hablo. Tienen capacidad de comunicación, fotografía y filmación, música, recepción de radio satelital y funciones de computadora y organizador.

—Así que básicamente venden teléfonos celulares.

—Técnicamente no han sido sólo teléfonos por años, y ya no usan tecnología celular, pero sí, así es como la mayoría de las personas llama a nuestros productos —respondió Dreyfus—. El problema, usted verá, es el achicamiento de la tecnología. Históricamente, el reemplazo de los celulares era muy frecuente, ya que la industria constantemente encontraba maneras de hacerlos más pequeños y agregarles funciones. Cosas como cámaras de mayor resolución o mayor capacidad de almacenar música. Nadie soportaba no tener la última innovación, y eran buenas épocas para la industria.

Dreyfus hizo una pausa para tomar agua.

—El problema comenzó hace unos cinco años —continuó—. En ese momento habíamos incorporado todas las funciones que la gente quería en un solo paquete, y la única manera de diferenciar los productos era hacerlos más atractivos desde el punto de vista del diseño. Estábamos compitiendo con eso en mente en un mercado que se estaba tornando cada vez más homogéneo. Intentamos hacer teléfonos implantables, pero tuvimos problemas con las funciones complementarias, así que eso nunca prosperó. Todas las compañías del mercado empezaron a fusionarse hasta que quedaron tres: Amplex y sus dos competidoras principales. Hace dos años íbamos a la quiebra.

Éste era el momento que Lyons había estado esperando.

—Y entonces el señor Healey entró con su solución mágica —dijo.

—Exactamente. Su solución realmente nos pareció mágica. Nos dijo que su máquina podía, si la usábamos en combinación con nuestros avisos de televisión, convencer a cualquier consumidor para que fuera directo a la tienda y comprara uno de nuestros teléfonos. No le creímos, pero nos demostró una y otra vez que funcionaba. Así que compramos todas las máquinas que él pudo producir.

—¿Y cuántas fueron?

—Al principio era sólo esa máquina, así que alquilamos una tienda en la Quinta Avenida, pusimos una tele en la vidriera con nuestros comerciales, y esperamos. Vendimos todos los productos en menos de dos horas. Fue increíble.

—¿Así que funcionó?

—Funcionó tan bien que dos meses después, cuando apenas teníamos tres máquinas que movíamos para llegar al mayor número de clientes potenciales posible, las ventas eran suficientes para afectar el precio de las acciones. Y la bancarrota estaba muy, muy lejos.

—Hasta que los agarraron.

—En realidad, eso sí me hizo enojar. No estábamos haciendo nada que fuera específicamente ilegal. La única legislación remotamente pertinente tiene que ver con la publicidad subliminal, y es algo completamente distinto. Bueno, parece que uno de los camioneros, moviendo las máquinas de una tienda a otra, preguntó si no sería más barato comprar una tele para cada tienda. Alguien le explicó por qué eso no funcionaría. El tipo se ofendió y el resto de la historia es lo que usted ya conoce.

—Luego de su experiencia con la máquina y con la nueva evidencia que ha salido a la luz, ¿estaría de acuerdo en que su uso debería ser penalizado?

—Por supuesto. Esa cosa es peligrosa.

—Muchas gracias.



Ilustración: Valeria Uccelli

Donald Healey no parecía un criminal peligroso. De hecho, pensó Lyons, parecía un poco pequeño comparado con el majestuoso edificio del siglo XIX del tribunal, como si hubiera sido construido en escala de 9/10. El hecho de que su traje era de un talle demasiado grande tampoco ayudaba.

Healey estaba nerviosísismo. A diferencia de sus socios corporativos, él no había intentado negociar una sentencia reducida, y el hecho de que se hubiera declarado inocente era considerado ridículo por todos. Hasta su abogado era de segunda, designado por la corte, a pesar de las ofertas de abogados poderosos que querían estar asociados con un caso tan mediático. Lyons pensó que había dos opciones: o no confiaba en el sistema de justicia, o estaba tramando algo. Pero a estas alturas, su confianza en ganar el caso era muy alta. Casi se podría haber dicho que albergaba esperanzas de que Healey intentara algo extraño.

—Buenas tardes, señor Healey —dijo Lyons.

—Hola.

—¿Es usted el hombre que diseñó y construyó aquella máquina? —Lyons señaló la evidencia.

—Sí.

—¿Es cierto que se la vendió a la compañía Amplex?

—Sí.

Lyons se estaba cansando de respuestas de una sola palabra. Podía entender los nervios de una persona obviamente condenada, pero también pensaba que un hombre debía, por lo menos, encarar su caída con la dignidad intacta. Pero ése no era su problema. Tenía un trabajo por hacer.

—¿Y admite que les enseñó cómo usar la máquina para estafar a los consumidores y hacerles comprar los productos de la compañía?

—Yo no creo que sea fraude si el consumidor quiere comprar algo.

—Sí, pero usted estaba haciendo que quisieran comprarlo. Es lo mismo que si los hubieran drogado sin su consentimiento, ¿o no? —preguntó Lyons.

—No. Creo que si yo sólo acaricio los impulsos ya existentes, no es lo mismo que introducir una sustancia extraña en sus cuerpos.

Lyons lo miró fríamente.

—Por el bien de todos nosotros, espero que el jurado esté en desacuerdo.

Después de una larga pausa, continuó:

—¿Podría explicarle a la corte cómo funciona esa máquina, por favor?

Healey lo miró, resentido, pero respondió.

—La máquina está diseñada para ser colocada dentro de un televisor plasma de pantalla plana. Es por eso que luce tan extraña. Para poder colocarla, hay una grampa al lado de la bobina magnética principal, que es esa pieza debajo de la carcasa.

—Perdón —dijo Lyons—. No tengo idea de qué es lo que usted está describiendo.

—Si me permite acercarme a la máquina, le muestro. —El juez parecía tener sus dudas, pero Lyons intercedió.

—Su Señoría —dijo—, estoy seguro que si todos nosotros salimos mañana y compramos un teléfono celular Amplex, la transcripción del juicio mostrará que el señor Healey fue el responsable, y lo podremos agregar a su condena. Además, creo que este testimonio será valioso para la Fiscalía. Yo recomiendo que se le permita al acusado acercarse a la máquina. ¿Qué daño puede hacer?

Al ser autorizado por el juez, Healey se paró, caminó hasta la máquina y comenzó a indicar los componentes del aparato y cómo se enganchaba dentro de un televisor.

—¿Así que tenían esto dentro de un televisor apuntando a cualquiera que estuviera pasando por la Quinta Avenida? —preguntó Lyons—. Estaban afectando sus pensamientos. Podrían haberlos obligado a hacer cualquier cosa que Amplex quisiera. ¿Éste es el poder que usted decidió darle a una compañía al borde de la bancarrota? ¿Qué era lo que los frenaba de hacer que la gente les diera los ahorros de sus vidas? ¿O cambiar sus testamentos para dejarle todo a Amplex y luego suicidarse?

—Usted no termina de entender. Lo que está describiendo se podría hacer usando la misma tecnología, pero las máquinas que yo le vendí a Amplex estaban progamadas mucho más simplemente que lo que describió el doctor Ferdinand. Lo único que podían hacer era establecer una necesidad en el consumidor de enfocarse en lo que estaba viendo en ese momento. Esto significa que la persona sentiría una necesidad incontrolable de comprar lo que estuviera en el televisor de la vidriera. En este caso, el comercial de los celulares.

—¿Así que Amplex no podría haber modificado la programación para que la gente se suicidara?

—Jamás. El poder computacional que hubieran necesitado para hacer algo más complejo simplemente no estaba disponible en esas unidades.

—¿Y en esta unidad? La encontramos en su laboratorio. ¿Estaba

planeando vendérsela a Amplex?

—No. Éste es el prototipo —dijo Healey—. Externamente es idéntica a las unidades que compró Amplex, así que mi explicación sigue siendo válida. Una diferencia es que las unidades de Amplex estaban diseñadas para correr de manera continua y actuar sobre toda persona que se parara delante del televisor, mientras que ésta se activa con este botón de acá.

Healey indicó el botón, que era pequeño y rojo.

Miró a su alrededor como si estuviera tratando de asegurarse de que todos habían entendido la explicación.

Y entonces apretó el botón.

Donald salió del edificio del tribunal y bajó rápidamente por las escaleras al frente del mismo. Estaba feliz de ver que no había reporteros cubriendo el caso ese día, ya que el veredicto y la sentencia habían sido agendados para la semana siguiente. Un auto deportivo negro estaba estacionado en doble fila en la avenida justo en frente de él. Una joven estaba sentada en el asiento del conductor, teniéndole la puerta del pasajero. Healey se sentó.

—¿Y?¿Cómo te fue? —le preguntó ella.

—Inocente.

Se estiró y le dio un fuerte abrazo.

—Ahora sácame de aquí antes de que alguien lea la transcripción y se dé cuenta de que algo anduvo seriamente mal con el sistema de justicia hoy —dijo Healey. Ella le dio arranque al auto.

Mientras avanzaban por la avenida, él comparó su rostro angelical y la frescura de su juventud con su propia realidad: edad media y sin ningún punto que lo hiciera resaltar. Sabía que en condiciones normales, ella no hubiera querido saber nada con alguien como él. Tuvo que reprimir un arranque de culpa, pero sólo uno pequeño.

Después de todo, ¿de qué servía tener tanto poder si uno no lo podía disfrutar?

**Gustavo Bondoni es un autor argentino que escribe principalmente en inglés. Su obra ha sido editada (impresa y en internet) en Europa, Canadá y Estados Unidos. Sus cuentos de ciencia ficción fueron publicados en “Ruins Extraterrestrial”, “Escape Velocity”, “Jupiter”,**

**“Scribal Tales” y “Science Fiction” (Dinamarca). También ha publicado obras de otros géneros.**

**El cuento *Tiempo de descuento* fue publicado originalmente como *Borrowed Time* en la antología de ciencia ficción “Ruins Extraterrestrial” por la casa estadounidense Hadley Rille Books. Es la primera vez que la obra de Gustavo aparece en castellano. Su sitio en internet (en inglés) es Bondoni.**

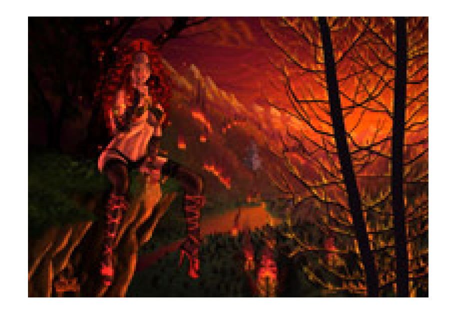
**En Axxón ya hemos publicado sus cuentos TIEMPO DE DESCUENTO y DÉCIMA ÓRBITA.**

**Este cuento se vincula temáticamente con EL LADRÓN DE TIEMPO, de Steve Stanton; RADIO MALDITA, de Fernando José Cots y EL MATE TE HACE PENSAR CUANDO ESTÁS SOLO, de Rodolfo García Quiroga.**

Axxón 214 - enero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Experimentos : Control de la mente : Argentina : Argentino).


Axxón




ePUB